

Teresa Galeote Dalama

EL GRITO

Nada, no saben nada, no quieren saber nada.
Ya ves, esos ignorantes dominan el mundo.
Si no eres de los suyos te llaman incrédulo.
Ignóralos, Jayyám, sigue tu propio camino.

Omar Jayyam

Los perseguidores.

La misión de Basilio consistía en vigilar a X-R; un elemento peligroso que había que eliminar fuese como fuese y costase lo que costase. Tenía que dar, cada 24 horas, notificación de todos los pasos que daba el sujeto; mandato que debía romperse si ocurría algún hecho extraordinario.

Así llevaba tres semanas sin que el sospechoso hubiese dado señal alguna que justificase alarma; compras corrientes, paseos, incluidos los que hacía con el perro que le había regalado su tía Matilde el día de su cumpleaños, aunque nunca con persona alguna. Eso contrastaba con la información que le habían dado, ya que el individuo en cuestión era un destacado miembro de una banda de malhechores que amenazaba la estabilidad de Carpetonia.

Aquel tedio se rompió cuando, un mal día, Basilio comenzó a sentirse perseguido. Cada vez que doblaba las esquinas una sombra se dejaba ver en el vértice de la calle. El odioso aburrimiento fue sustituido por la angustia de ser objeto de lo mismo que él hacía. Cada vez que veía la sombra sobre la calzada o sobre la pared se volvía inmediatamente, aunque no conseguía ver la materia humana que proyectaba tan alargada umbría. Intentó sobrellevar aquella situación, pero lejos de desaparecer, se reafirmaba cada vez más, y lo que era peor todavía es que había descuidado la vigilancia de X-L.

Agobiado por emociones contradictorias, y cuando la situación se le hizo insoportable, comunicó a sus superiores lo que sucedía. Calmaron su angustia diciéndole que era un síndrome que solía afectar a casi todos los perseguidores cuando eran primerizos, pero que solía remitir a los pocos días. "¿Y si no sucede?", se atrevió a preguntar. "Contamos con prestigiosos psiquiatras. La persona es sustituida por otra hasta que recobra la lucidez". Aquella conversación no le dio la fortaleza que necesitaba

para seguir espionando a X-L, por el contrario, al cabo de unos días comenzó a sentir cierta empatía con el sujeto.

Ocurrió cierta noche que su trabajo le llevó hasta el cine *Mogambo*; ponían una película de policías y ladrones. Se sentó en la fila trasera del perseguido. Durante unos minutos no ocurrió nada especial, pero al poco tiempo, sintió que un fétido aliento envolvió su nuca. Esperó un momento antes de volverse para comprobar quién se sentaba detrás. Mientras la película mostraba una gran persecución acompañada de un impresionante tiroteo, Basilio se volvió. No había nadie. Desconcertado por lo sucedido, volvió su cabeza a la posición inicial y miró a la fila delantera. Sin recuperarse del desconcierto anterior, una nueva confusión se adueñó del ánimo de Basilio al comprobar que su perseguido había desaparecido. Salió del cine apresuradamente sin darse cuenta de que XL se había sentado en un lateral de la sala. Estaba seguro de haber perdido a su hombre, que su obsesión se estaba haciendo crónica y le impedía realizar su trabajo correctamente. Comenzó a pensar en el psiquiatra, en la obligada retirada que le habían anunciado sus superiores si el síndrome no remitía.

En esa embrollo mental estaba cuando vio salir a XL de la sala. En su cara se dibujó el asombro, pero la mayor sorpresa se la llevó cuando el perseguido se dirigía él con naturalidad. "Nuevo en el oficio ¿verdad", le dijo mientras le tendía la mano. Convencido de que Basilio no podría articular palabra, el hombre le invitó a una copa. En un pequeño bar que llamaba a la confidencia, el hombre dijo que él también era espía, aunque estaba en proceso de recuperación. Basilio no salía de su asombro y dejó que el hombre siguiese hablando: "Ahora estoy completamente seguro de que me estás espionando, de que no eres un invento mío. Ahora sé que ya estoy curado; tú eres real, no eres producto de mi imaginación como me hicieron pensar. ¿Vendrás conmigo? ¿Les dirás que me has estado espionando durante días y podré incorporarme a mi trabajo".

Basilio, que no salía de su asombro, no quiso decirle que estaba catalogado como sujeto peligroso y le siguió la corriente. Pensó que quizá podía desatar la confusión reinante. El sujeto, lejos de parecer peligroso, estaba más confundido que él.

Una vez fuera del bar se dirigieron hacia la calle principal. No se percataron de que dos hombre, de mirada furtiva, caminaban detrás: tenían una misión que cumplir.

Interferencias

Jaime se asustó al no encontrarse la mano izquierda cuando intentaba arrascarse la nariz. Comenzó a buscarla entre las sábanas, levantó la almohada, incluso buscó debajo de la cama. ¡Nada!, no estaba. “Tiene que estar cerca”, murmuró mientras se levantaba del lecho. “Si anoche la tenía, no puede andar muy lejos”, pensaba a la vez que se calzaba las zapatillas con la única mano que le quedaba. Cuando sólo era un muchacho intentó ser ambidiestro, pero no consiguió su propósito.

Fue al cuarto de baño ante la necesidad imperiosa de vaciar su vejiga, pero cuando estaba frente al inodoro y dispuesto a miccionar, constató que también le faltaba la mano derecha; su predilecta. “¡Cáspita!”, exclamó. Ante dicha situación, los pies sustituyeron a las manos y, con gran dificultad, las pernera del pantalón cayeron al suelo. Se abrió de piernas y la vejiga comenzó a liberarse del minúsculo peso que la oprimía. Nada más terminar, intentó despojarse del resto del pijama, pero viendo la dificultad de dicha pretensión, se metió al baño. Después de muchos intentos y forcejeos desesperados, los antebrazos le sirvieron para abrir el grifo de la ducha. El agua tibia recorrió su cuerpo y se olvidó de la pérdida de sus manos, pero al ir a coger la esponja, se dio cuenta de la nueva condición de disminuido físico que había adquirido. El líquido seguía cayendo mientras intentaba cerrar el grifo, pero en esta ocasión no le fue posible manipular la válvula. Ante la imposibilidad de hacer cesar el agua, salió del baño bien mojado y con un cabreo impresionante. No sabía qué hacer, a quién acudir. Estaba totalmente desarmado de sus principales herramientas; sus manos eran todo para él. ¿Qué iba a hacer ahora?

Sus vacilantes pasos le habían llevado hasta el lavabo y frente al amplio espejo de la pared. El cristal cubierto de azogue reflejaba nada más que su dorso desnudo y húmedo, pero él no se dio cuenta. Sintió que sus dedos comenzaban a moverse, que sus piernas eran suavemente arañadas. Su desconcierto fue aumentando. Echó un vistazo a sus manos y, aunque las sentía, no pudo verlas. ¿Qué estaba pasando? Sus

manos comenzaron a explorar los miembros superiores. Los dedos de la mano derecha recorrieron el brazo izquierdo desde el hombro hasta las uñas, y su homólogo hizo lo mismo. No había ninguna duda. ¡Las tenía! Las dos pendían de sus antebrazos, pero, ¿por qué no las veía? Las elevó hacia arriba para comprobar que no sufría un espejismo. Quería sentir sus dedos danzando sobre su cuerpo. Las manos seguían jugando mientras continuaban su ascensión, mas al llegar al cuello el viaje exploratorio concluyó; se hizo el vacío. Sus extremidades superiores descansaron unos instantes. Después, trenzó y destrenzó los dedos, se pellizco en un hombro, se dio palmaditas en la espalda. Ya no cabía ninguna duda ¡Continuaban allí! Jaime respiró tranquilo.

¡Sólo había perdido la cabeza!

La urbe

Hacía mucho tiempo que un manto plomizo envolvía la ciudad. Los ciudadanos recordaban con nostalgia los tiempos en que el sol se dispersaba por todos los rincones.

Un buen día los servicios meteorológicos anunciaron importantes precipitaciones. Decían que las necesarias lluvias limpiarían el ambiente y que los campos sedientos colmarían sus entrañas con el preciado líquido. No sabemos si fue porque la persistencia del mensaje de los expertos ejerció un poder de seducción sobre las alturas, o porque ya estaban maduras para caer, el caso fue que las deseadas lluvias llegaron, aunque fueron tan escasas que no sirvieron para remediar la sed que padecía la tierra.

Hacia demasiados años que se presentaban, de tarde en tarde y en forma de lloviznas; eso sí, venían acompañadas de muchos preámbulos sonoros y visuales, mas antes de calmar la sed de los campos desaparecían silenciosamente. Se marchaban sin escuchar las plegarias de los fervorosos creyentes que clamaban al cielo por la solución de sus desgracias. El agua de los embalses se iba evaporando y los acuíferos se iban quedando secos.

Aquella mañana se dejaban ver residuos de la escasa lluvia del día anterior. Minúsculos charquitos de agua se aferraban en los lugares más inhóspitos. Pero la situación era alarmante; el agua que había caído sobre las sedientas tierras no significaba nada: “Si la lluvia no se produce, de forma inmediata y en abundancia, habrá que tomar medidas drásticas”, dijeron los expertos.

¿Estaba justificada aquella alarma? Ciertamente es que los habitantes de las urbes añoraban la calidez del sol; que sus rayos debían luchar contra una muralla de contaminación

atmosférica para introducirse. Ahora, cuando el sol se dejaba ver parecía una sombra lastimera de antaño, un fantasma que recorría la ciudad como un alma en pena y a la espera que lo rescatasen de las malsanas ciudades.

Los meteorólogos siguieron dando esperanzas; era raro el día que no anunciaban precipitaciones abundantes. Pero a pesar de los triunfalistas partes meteorológicos, la lluvia no se dignó bajar. Desde las alturas y convertida en vapor envolvente, participaba en una grandiosa escenografía celeste, donde el cielo se tornaba cada vez más amenazante. Allí estaban aposentadas y parecía mofarse de los habitantes del planeta Tierra.

La gravedad se fue generalizando y el pánico entre los ciudadanos cundió como la espuma. A juicio de las autoridades, tal alarma se debía a la persistencia de los exagerados mensajes que lanzaban los ecologistas.

Los organismos internacionales se vieron forzados a tomar decisiones para calmar a la opinión pública. Los congresos, seminarios y simposium se sucedieron uno tras otro. Pero a pesar de las grandes declaraciones de principios, las soluciones no llegaban y la situación se iba tornando cada vez más crítica. Los gobiernos nacionales comenzaron a hacer recomendaciones y a establecer normas de obligado cumplimiento para paliar los efectos de la contaminación atmosférica. Se recomendó el uso del transporte colectivo y la utilización de mascarillas para las personas más sensibles a la contaminación y para las que tuviesen problemas respiratorios. En cuanto a las fábricas que no cumpliesen las ordenanzas sobre Medio Ambiente, tendrían que asumir las consecuencias.

Mucho se legisló, y casi todas las leyes fueron incumplidas. Los sociólogos argumentaron que era una consecuencia lógica del cambio que se había experimentado en las costumbres individuales y colectivas; que los nuevos hábitos no se introducen de la noche a la mañana y que había que dar tiempo al tiempo. El uso de las mascarillas fue una de las excepciones, ya que algunas personas se veían obligadas a llevarla si querían conservar sus ya deteriorados pulmones. Más tarde, su uso fue extendiéndose a toda la

población como medida preventiva. Las fábricas de mascarillas subieron sus ventas considerablemente y hasta comenzaron a cotizar en bolsa.

Los infractores comenzaron a recibir notificaciones de multas, aunque unas ignoradas y otras recurridas se amontonaban en los despachos de la Administración. Las tesis de los sociólogos se cumplieron. Los automovilistas, a tenor del trabajo que les costaba desprenderse del auto, más que un ente autónomo, parecían formar parte del coche. Y qué decir de las fábricas; éstas se resistían a cumplir la normativa argumentando los efectos nocivos que podían darse sobre los trabajadores: “Son normas muy drásticas”, decían unos. “Es una exageración de los ecologistas que están en el gobierno”, decían otros. Fueron muy pocos los que entendieron la gravedad de la situación. La mayoría pensaba que la alarma pasaría como había sucedido otras veces.

En los diferentes departamentos administrativos se acumulaban los recursos de los administrados. Éstos no eran contestados por falta de personal, y los recurrentes pensaban que el silencio administrativo les daba la razón y les permitía seguir incumpliendo la norma. Los jefes de departamento solicitaban ampliación de plantilla, pero siempre recibían la misma respuesta: “No hay presupuesto. Arréglense con los recursos existentes”. Así pues, las primeras normas que se dieron no sirvieron para aminorar la expulsión al aire del maldito CO₂ y demás elementos contaminantes que tanto mal estaban causando.

Las conferencias internaciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes. En ellas se discutía sobre lo divino y humano y los debates eran cada vez más encendidos. Los periodistas, muy atentos a las propuestas que se iban aprobando, establecían verdaderas carreras entre las salas de congresos, los pasillos y las estancias habilitadas para la prensa: todos pretendían ser los primeros en dar la noticia a sus respectivos medios de información.

–Normas radicales y no paños calientes es lo que necesitamos –decían los progresistas–. Hay que ir a la raíz de los problemas para resolverlos. Nos hemos demorado excesivamente en tomar conciencia de la situación real.

Después de cada introducción, se pasaba a dar una serie de soluciones que, a criterio de algunos, eran imposibles de llevar a la práctica.

–Reconvertir las fábricas de automóviles en fábricas de bicicletas –decían los radicales ecologistas–. Las bicicletas no necesitan gasolina y tendríamos el problema solucionado. Además, es muy saludable el ejercicio físico.

Naturalmente, ante las propuestas de los ecologistas siempre estaban preparados los conservadores, intentando poner cordura ante las barbaridades que, a juicio de ellos, se decían.

–No se pueden dar esas medidas tan radicales, pues haríamos caer en picado la economía industrial y la de los combustibles. ¡Señores!, no hagan demagogia en esta sala y tengan la valentía de decir a sus electores que pretenden cerrar sus fábricas; que piensan dejarlos en el paro y en la indigencia más absoluta.

–Lo que tenemos que hacer es cambiar un sistema caduco que amenaza a nuestro planeta. Necesitamos olvidarnos de los dividendos, que la vida saludable sea el eje central de nuestros objetivos. Para ello es indispensable la preservación del Medio Ambiente –decía la unificación de izquierdas con gran énfasis–. Tenemos la técnica suficiente para solucionar los graves problemas que tenemos, ¿por qué no se pone en práctica? Yo lo diré señores. Porque hay muchos intereses económicos por medio.

Es cierto que los debates habían contribuido a acentuar las investigaciones; que se dieron diversas soluciones para paliar la contaminación atmosférica. Pero también hay que decir, que ponerlas en práctica era tan costoso que tanto la Administración como los particulares se iban demorando en realizarlas. Algunos implicados decían que era más beneficioso pagar las multas que hacer las complicadas instalaciones que se requerían. Se entraba así en un círculo vicioso, en dónde el temor de los gobiernos a

cerrar fábricas era mucho mayor que los efectos nocivos del incumplimiento de las leyes medioambientales.

Después de algunos años de indecisiones, se hizo una abundante legislación para rebajar los impuestos de aquellas industrias que estuvieran dispuestas a colaborar en tan magna empresa, pero lo que se legislaba nunca colmaba las expectativas de las partes: Los empresarios consideraban que las inversiones debían ser asumidas por la Administración, al igual que se hacía con otros servicios públicos. Los sindicatos no estaban de acuerdo, pues consideraban que debían ser las empresas que contaminaban las que asumieran los costos. Dichas declaraciones iban acompañadas de una gran cantidad de cifras sobre las plusvalías que habían obtenido en los últimos años, y sobre las deficiencias de servicios públicos de vital importancia: “¡Es inaudito tal pretensión! La salud se deteriora por falta de recursos mientras los beneficios empresariales suben como la espuma”, argumentaban.

Mientras las autoridades nacionales intentaban poner en práctica algunas soluciones, los encuentros internacionales se sucedían. Fueron años de interminables debates que, en la mayoría de los casos, sólo servían para mostrar las grandes diferencias de los grupos representados, o las capacidades dialécticas de los ponentes.

El absentismo laboral fue en aumento y muchas fábricas tuvieron que reducir sus pedidos al no encontrar personal cualificado. Las afecciones respiratorias causaron verdaderos estragos sobre la población infantil. A pesar de haber seguido estrictamente las normas sobre el uso de mascarillas, la mortalidad de los más ancianos creció considerablemente, Y qué decir de los centros hospitalarios; éstos se vieron desbordados por la afluencia de enfermos de toda índole. Los responsables de los hospitales y demás centros sanitarios cursaron peticiones a los diferentes gobiernos. Peticiones que iban pasando de unos a otros sin que se dieran las oportunas soluciones. Siempre recibían la misma contestación: “No hay presupuesto. Arréglense con los residentes y con el voluntariado”. A pesar de todas las recomendaciones del Ministerio

de Sanidad y de la buena voluntad de los diversos grupos sociales, la situación caótica de los hospitales no se resolvía.

Se creó el (O.I.P.D.M.A), Organismo Internacional para la Defensa del Medio Ambiente. Éste propició un foro permanente para seguir discutiendo sobre las posibles soluciones. Los congregados alumbraban multitud de espléndidas resoluciones, pero cuando éstas se intentaban llevar a la práctica se estrellaban contra el muro del pragmatismo. Ya eran muchos años de dar propuestas y de posponerlas, los ciudadanos empezaron a considerar que las instituciones tradicionales se habían convertido en foros dialécticos en donde primaba tirar las tesis del contrario antes que dar una alternativa real al problema. A criterio de éstos, más parecía una plática de gallos, papagayos y cotorras que un congreso dispuesto a dar soluciones de forma racional. Los más críticos decían, que los foros internacionales habían perdido su contenido, que sólo servían para hablar de economía y poco más; que los grandes problemas de la humanidad estaban sin resolver a pesar de haberse agudizado.

Un buen día, y digo buen día por lo que aconteció, el cielo comenzó a expulsar agua por todas partes. Las esperadas lluvias aparecieron de forma súbita sin ser anunciadas; se precipitaron sobre la tierra enseñoreándose de calles, plazas y campos. Parecía que la naturaleza se estuviera mofando de los terrícolas.

Fueron días de júbilo y todos salieron a las calles para recibir al preciado tesoro. Cantaron y bailaron desaforadamente. Elevaron las miradas hacia las alturas para dar gracias por la generosidad que el cielo les brindaba. Los más creyentes pensaron que la gran sequía que habían padecido era debida a una maldición divina por los pecados cometidos, que las lluvias significaban el perdón y la purificación de los agravios. Siguieron cayendo durante días haciendo las delicias de campos y ciudades. Multitud de personas se regocijaban dejándose acariciar por las aguas. Pero aquella alegría se fue tornando en preocupación cuando las lluvias, lejos de desaparecer, se fueron haciendo cada vez más intensas. La gente comenzó a preocuparse cuando el manto de

agua se fue tornando en riada furiosa que se llevaba objetos inanimados. Volvieron a sus casas y las calles quedaron desiertas; miraban a través de las ventanas el caer incesante de la lluvia y alzaron sus plegarias al cielo pidiendo que cesaran, pero el agua siguió cayendo. Los campos, antes sedientos, expulsaban el sobrante anegando tierras y sembrados. Las ciudades, antes grises, se volvieron azuladas y brillantes. Tanta agua cayó que los mares se elevaron.

Una mañana de abril, aparecieron los intensos rayos del sol; se fueron esparciendo para mostrar una dantesca imagen: algunas casas flotaban como endebles barquitos en un océano. La mayor parte de las ciudades costeras quedaron inundadas y la mayoría de las islas fueron tragadas por el mar con sus habitantes incluidos.

Poco tiempo tardaron los expertos en comprobar las consecuencias del desastre y en contabilizar las pérdidas económicas. La población había disminuido considerablemente: primero por las enfermedades que la contaminación atmosférica causó y, después, por las inundaciones generalizadas. Cuando se dieron cuenta de la tragedia, todos comenzaron a entonar un, *mea culpa*, e hicieron grandes promesas de futuro. Se hicieron grandilocuentes discursos asegurando que habían aprendido la lección. Prometieron que el sentido común reinaría para prevenir catástrofes de esa envergadura. Todos juraron que la ciencia debía ponerse al servicio de la humanidad y no de los índices macroeconómicos. Se comprometieron a diseñar nuevos organismo internacional para velar por la prevención del planeta y de la humanidad.

Demos

Allí estaba Demos, sentado en un sillón y con la mirada perdida. Su pálida cara se confundía con las blancas paredes de la habitación. Sus cabellos, ralos y entrecanos, dejaban ver la brillante epidermis de su cráneo. Esa excelsa amalgama interna que había contribuido a asentar ideas y leyes estaba cubierta por una piel traslúcida. ¿Por qué estaba en ese estado? Alguien tan vital y cargado de una energía intelectual fuera de lo común se había deteriorado hasta lo indecible. Estaba en plena madurez, aunque parecía un viejo decrepito a punto de engrosar la estadística de muertos. ¿Qué virus extraño se había apoderado de él? Es cierto que venía resintiéndose de ciertas dolencias, aunque no las prestase atención. Todos pensaron que eran achaques transitorios y cuando alguno de sus progenitores recomendaba mayor atención a la salud de Demos, no faltaban quienes dijese que eran exageraciones motivadas por el gran cariño que sentían por él. “¿Acaso existe la salud perfecta? ¿Un cuerpo con tanta complejidad puede funcionar a la perfección?”, solían decir. Pero los achaques no tardaron en agudizarse. El diagnóstico que dieron los médicos fue alarmante y sintieron cierto grado de culpabilidad por no haberle prestado mayor atención cuando los primeros síntomas se presentaron.

Viéndole en ese estado, costaba trabajo pensar que alguna vez hubiese disfrutado de mayor pujanza. Se hacía necesario recordar tiempos pasados en los que contaba con una salud plétórica. No era extraño que se hubiese ganado la admiración internacional, pues su retórica poseía una fuerza arrolladora que fascinaba a todo aquel que le escuchaba. No había que ser un erudito para entenderlo, sólo era necesario buena voluntad y sentido común. Tenía una lucidez impresionante además de una gran capacidad para transmitir sus ideas.

Cuando sus seguidores se enteraron de la gravísima situación que estaba atravesando, una gran incertidumbre se apoderó de la conciencia colectiva. Multitud de personas estaban atentas a cualquier noticia que anunciara la evolución de su enfermedad; supieron que la salud de Demos, lejos de recuperarse, se iba deteriorando cada vez más. Pero no todo era tristeza y preocupación por aquel cuerpo porque mentiría si no se dijese que muchos se frotaron las manos cuando supieron del calamitoso estado en que se hallaba; éstos seguían atentos su evolución, pero era para regocijarse de su decadencia, ocaso que prometía un fenecer inmediato. Eminentemente especialistas de todo el mundo acudieron a verle; todos establecieron diferentes hipótesis, pero coincidieron en las conclusiones finales.

–Está infectado con muchos virus. Algunos ya los conocemos y podemos combatirlos con tratamientos locales, pero hay algunos no identificados; hay que seguir investigando.

–Tratando los efectos de los conocidos no hemos conseguido casi nada, pues una vez logrado, los virus no identificados se apoderan de las zonas que han sido liberadas.

–En efecto –dijo un tercero–. La introducción de nuevos fármacos en el cuerpo del enfermo, lejos de beneficiar, puede perjudicarle, ya que se hace sobre supuestos y no sobre la verdadera identidad del virus. Tanta medicación puede acabar deteriorando las debilitadas defensas del paciente.

Las mismas conclusiones se dejaron escuchar una y otra vez, pero la decadencia continuaba paseando el cuerpo de Demos.

Allí estaba él, sin apenas fuerzas para levantarse, Cuando lo hacía tenía que ser acompañado por algún amigo o familiar para evitar que su frágil figura cayese al suelo. Hundido en un sillón, esperaba una solución que le hiciese salir de la postración en la que se encontraba. Ni siquiera tenía ánimos para la lectura, su mayor afición, porque su intelecto se agotaba rápidamente. En ese languidecer diario, su mirada reposaba sobre el maravilloso cuadro de Gericuot, *La balsa de la Medusa*. En las largas horas de

obligada quietud, sus ojos sólo se detenía en dos espacios: en la ventana que daba al jardín y en aquel cuadro. Esa hermosa pintura del romanticismo francés, invitaba a recordar la Francia de la Ilustración y a rememorar todos los sucesos que habían acontecido: Revolución Francesa, Imperio Napoleónico, los Nacionalismos como rechazo a la unificación de Europa por la fuerza y, finalmente, la Restauración Monárquica. En aquel lienzo estaban plasmadas diversas emociones. El naufragio les llevaba a una muerte inminente si no les rescataban a tiempo. Un hombre, todavía vigoroso, con vestigios de vestidura al viento, pedía ayuda y otros, hundidos en la resignación, mostraban todo el dramatismo de aquella gente perdida en la inmensidad de las embravecidas aguas. El cielo tormentoso era su único techo, y éste amenazaba con desatar su ira sobre ellos. Algunos náufragos ya habían sucumbido ante la tragedia, pero otros se resistían a hacerlo. Todos los elementos de la naturaleza estaban en contra, mas aquel hombre seguía ondeando el señuelo blanco esperando que alguien los viese.

Demos no estaba solo, aquellos que le querían permanecían a su lado incluso los más ancianos, aunque ante el aspecto que su cuerpo presentaba, cualquiera de ellos parecía más joven que él. Tenían la esperanza de que algo que había sido engendrado y criado con tanto amor no podía morir, que todo esfuerzo era poco para lograr su recuperación. Necesitaban evadirse de la cruel realidad que estaban viviendo y la memoria es el mejor antídoto cuando aquello que se rememora es hermoso. El más anciano recordó en voz alta: “Vino al mundo en un precioso lugar de la costa egea. Era un hermoso niño de ojos azul de mar y salió del seno materno con voz de barítono. Los cielos y la cercanía al mar parecían haber ejercido sobre su persona un influjo benefactor. Su capacidad de comunicación se hizo patente desde sus primeros parloteos. El dios Eolo fue su más fiel aliado ya que dotó al infante de los más preciosos tesoros que la naturaleza humana pueda desear. Su infancia fue prodigiosa. Aprendía de forma rápida, y a las enseñanzas que recibía de sus maestros se sumaban las que los vientos universales le habían insuflado”.

Todo lo que recordaba el anciano era cierto. Aquella capacidad que la naturaleza le habían otorgado le facilitó el aprendizaje de tres estudios: derecho, filosofía y económicas. Él y todos los que le querían consideraban que eran ramas del saber complementarias para entender el mundo y facilitar la convivencia entre los hombres.

Cuando sumó la sabiduría que los humanos pudieron aportar a sus dotes innatas, se dedicó a viajar para transmitir sus conocimientos por todos los rincones del mundo. Las conferencias y los seminarios fueron constantes y con ellos logró aprecio y reconocimiento universal.

Cierto es que suscitaba todo tipo de pasiones e interpretaciones. Unos les amaban intensamente y, con igual vehemencia, otros le aborrecían. Los más, no llegaban a entender sus cualidades y por ello las malinterpretaban o caían presos de la indiferencia. Otros las comprendían perfectamente, y por eso le odiaban ferozmente.

Recordar su brillante trayectoria y ver su decadencia era desolador, aunque lo peor era que la enfermedad parecía encontrarse muy bien aposentada y no daba signo alguno de querer marcharse de su cuerpo.

Pero ahí no acabaron los males de Demos. Una mañana se despertó sin habla; quiso llamar a Lucia y, horrorizado, comprobó que el sonido de las palabras se negaba a salir de su boca. “¡No!, esto no sucede realmente. Todavía estoy sumido en un sueño. Sólo tengo que dar un pequeño salto para situarse al otro lado”, pensó. Pero ese autoconvencimiento fue pasajero. Cuando se percató de que estaba bien despierto, intentó agitar los sonidos en su garganta; estaba seguro que sólo era cuestión de volver a intentarlo. Frente a él había un gran espejo y Demos se observó. No le extrañó ver su aspecto avejentado, ya se había acostumbrado a sus arrugas, a sus ojeras y la flacidez de su piel. Centró la atención en su boca y en el movimiento de sus labios. Comenzó a vocalizar suave y lentamente el nombre de Lucia. Lo hizo repetidas veces, mas el sonido se negaba a salir de su boca. Cuando entró la enfermera, le vio sentado en la cama, llorando como un niño y haciendo toda clase de muecas extrañas ante el espejo.

—¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí? ¿Dígame qué le pasa?

La miró fijamente y se llevó el dedo índice a la boca a la vez que la abría desmesuradamente. Fue entonces cuando Lucia comprendió lo que pasaba. Le pidió tranquilidad y fue a llamar al médico. El doctor Murano se presentó a los pocos minutos y, después de examinar la garganta del enfermo, expuso su diagnóstico:

–Hay que hacerle unas pruebas analíticas, aunque a simple vista no parecen estar afectadas la cuerdas vocales, pero hasta que no hagamos las pruebas pertinentes no puedo dar un diagnóstico acertado.

Aconsejó el traslado del enfermo al sanatorio. Los amigos y familiares estuvieron de acuerdo con los consejos médicos; Demos fue hospitalizado ante la expectación general de aquellos que le querían y también de los que le odiaban. Después de minuciosas pruebas, no encontraron motivo alguno que justificase la repentina pérdida de voz, pero tampoco habían encontrado motivos que explicasen su envejecimiento precoz y allí estaba, desafiando a la ciencia y a la lógica del tiempo. La prolongada estancia en el hospital acentuó la depresión del enfermo. “Si es una derivación psicológica, de la misma manera que ha hecho su parición puede desaparecer”, dijeron todos. Con dicha consideración le mandaron a su casa.

En efecto, al cuarto día de su regreso, recuperó la voz, pero después de unos breves escarceos, y cuando intentó conversar, comprobó que nadie le entendía; que las frases que brotaban de su boca eran incomprensibles. El desconcierto fue total. Después de varios días de observación, llegaron a la conclusión de que su vocabulario salía invertido. Así, para pedir agua, decía “auga”, y cuando requería los servicios de Lucia, la llamaba “Aicul”. Las claves del misterio comenzaron a ser descifradas cuando uno de los presentes se acordó de que Demos, cuando era niño, tenía la costumbre de invirtir palabras; era un juego que le fascinaba. Muchos se hicieron cómplices de aquella diversión, pero si por aquel entonces resultó ser una placentera excentricidad, ahora el divertimento de antaño se tornaba en tragedia. No sólo había perdido gran parte de su vitalidad, sino que su lenguaje estaba desordenado, y con ello la capacidad de comunicación era casi imposible. Contrataron los servicios de un logopeda y, durante

dos meses, el especialista hizo grandes esfuerzos para que el paciente normalizara su lenguaje. Aplicó todas las fórmulas posibles, pero lo único que conseguía era exasperar a Demos, pues éste comprobaba, una y otra vez, que las palabras se distorsionaban al salir de su boca. En definitiva, a pesar de haber recuperado la voz, ésta había perdido su principal valor: el de la comunicación.

Su estado empeoró. Ya no quería levantarse de la cama, ni siquiera se sentaba en el cercano sillón orejado. Estaba postrado en el lecho de tal forma que casi no se le veía; era como si una poderosa ventosa le estuviese absorbiendo hacía el fondo. Demos parecía un bultito diminuto en el tálamo y todo su universo, antes tan amplio, se había reducido al interior de esa habitación, a esa enorme cama y a esos grandes ventanales que le comunicaban con el mundo exterior. Demos no se recuperaba. Los médicos, impotentes ante una situación que no controlaban, concluyeron que con los medicamentos no podían devolver la salud al enfermo. Estaban convencidos de que era un componente anímico el que le tenía postrado y que los virus sólo habían reforzado su deteriorado cuerpo.

Una mañana de abril, cuando Lucía estaba corriendo las cortinas del salón, vio a un grupo de personas se dirigían a la casa. Sonó el timbre de la puerta y se apresuró a abrirla. Una vez fue franqueada, los presentes pidieron ver a Demos. Mientras esto ocurría, otro grupo hizo su aparición a escaso metros de la casa: venían con las mismas intenciones. Fueron entrando y Lucía les hizo esperar en el salón. La mujer estaba desconcertada, no sabía si el enfermo podría resistir aquello sin que su salud se resintiera. Al pronto, reaccionó e inmediatamente telefoneó al doctor. “No pasa nada; es más, puede que le ayuden a mejorar. Déjeles que pasen, pero en grupos de tres a cuatro personas..., y que estén poco tiempo”, contestó. Así se hizo. Cuando terminaron las visitas, Lucía se apresuró a tomar el pulso al enfermo. y respiró aliviada al comprobar que, lejos de mostrar signos de mayor agotamiento, se encontraba más animado que nunca y sus ojos habían adquirido un ligero brillo. A partir de aquel momento, pasaron personas de toda índole para mostrar el cariño y admiración que

sentían por él. Las visitas tuvieron un efecto benefactor para le enfermo: la mirada de Demos fue haciéndose más viva, de su rostro desapareció esa palidez tétrica, su piel fue recuperando tersura y su enflaquecida figura comenzó a ganar peso. Demos se estaba recuperando con una velocidad asombrosa; se fue levantando de la cama al sillón, del sillón a los paseos por la casa, de ahí pasó a frecuentar el jardín, de éste pasó a la calles más cercanas y finalmente, como había hecho antaño, volvió a pasear bajo el gigantesco ramaje de los árboles ribereños. La disfunción lingüística fue retrocediendo y sus mensajes comenzaban a mostrarse más nítidos. Ya nadie dudaba que las continuas muestras de afecto habían sido la mejor medicina para lograr su mejoría.

Una vez recobrado el vigor, ¿cómo no pensar en todo lo sucedido? “Posiblemente, se ha establecido un círculo vicioso entre las afecciones que he tenido y la depresión anímica. Ahora estoy en disposición de comprender que entre el soma y la psique se estableció una relación perniciosa que a punto estuvo de conducirme hasta la muerte”.

Se sentó junto al lecho del río, se miró en sus aguas y éstas le devolvieron un rostro entrecortado. Las lluvias habían contribuido al aumento del caudal y el cauce constreñía sus aguas a duras penas. Los campos cercanos se llenaban de vida para formar parte del cortejo estacional. Pero aquella primavera era muy diferente porque, después de tanto tiempo de decadencia, renacía el vigor de Demos. Los virus habían perdido la batalla y se retiraban. ¿Era sólo un repliegue estratégico o definitivo? Nuevamente se miró en las aguas; ahora se vio con mayor nitidez, sin fragmentaciones. La aguas le devolvieron un rostro algo más lozano, aunque había arrugas muy marcadas. “Una larga enfermedad deja huellas”, dijo para sí. Se levantó y comenzó a caminar.

El laberinto

El adolescente volvía del mercado después de una larga mañana detrás del puestecito. Tantas horas no habían servido para vender gran parte de la mercancía que llevaba, sólo colocó la mitad de las papas. “Las cosas están cada vez peor”, pensaba mientras su pies descalzos iban dejando huellas en el barrizal. Atrás quedaba la carretera que conducía al mercado: cuatro kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. El peso de la mercancía y la larga caminata dejaban marcado el cansancio en todo su cuerpo.

Juanito era muy delgado. Sus costillas quedaban muy marcadas, tanto que un golpe de viento, aunque no fuese muy fuerte, podía romperlas. Unos ojos grandes de color miel, daban a su rostro una dulzura fuera de lo común. Desprendían tanta ternura que contrastaba con la penosa vida que se veía obligado a llevar. Sus diez años los llevaba auestas con la dignidad de un viejo.

Esa mañana, como muchas otras, había sentido las mismas molestias en el estómago. Esas punzadas le indicaban que necesitaba comer. Se había nutrido con una tortita de maíz, mas de eso hacía mucho tiempo y sus tripas le pedían más alimento para entretenerse. Pero esa mañana, sólo llevaba papas y tuvo que aguantarse el hambre.

Volvía recordando lo que la mama le había dicho: “Mi amor, con el resultado de la venta traes acá un poco de arroz , manteca y azúcar”. Pero no pudo comprar todo lo que la madre le había pedido, por eso venía con su tristeza auestas, y le pesaba más que su cansancio. “Siempre igual. Tantas idas y vueltas al mercado para nada”, pensaba. A pesar de que su madre cuidaba las tierras cercanas y extraía papas, no

siempre quedaba un poco de excedente para la venta. La miseria les tenía atrapados entre sus garras y no quería soltarlos. Era como estar en un laberinto dando vueltas y vueltas sin encontrar la salida.

Quería llegar a su casa y sentarse en el poyete blanco que había junto a la puerta. Juanito deseaba poder oír el cacareo bravucón del gallo y descansar. Después de una breve sentadita, iría a recoger los huevos de la vieja gallina para que la mamá los guisara. Ya comenzaba a divisar las paredes desde la lejanía. Imaginaba a su madre junto al pequeño fogón iniciando los preparativos de la comida y con Lupita enganchada a sus faldas. El perro seguiría tumbado en un rincón hasta que llegase el momento del reparto, pero hasta entonces tendría de salir a recibirle; siempre lo hacía. Juanito estaba a escasos metros de la casa, mas el viejo chuchó no salió a su encuentro. Una espantosa incertidumbre comenzó a acosarle cuando oyó los lastimeros gemidos del perro.

Entró, apresuradamente, y la cara se le llenó de horror cuando vio a su madre y a Lupita en el suelo rodeadas de sangre. Una sangre intensa y roja que daban más blancura a las paredes, pero mayor negrura a su corazón.

A lo lejos, unos caballos, al trote, se alejaban del lugar para seguir imponiendo su orden: un orden rojo y negro que se imponía, como monstruo depredador, alimentándose de los más débiles

–El orden y la autoridad necesitan afirmarse constantemente–había dicho el que mandó disparar los fusiles.

El generalito de grandes bigotes llevaba buen porte en su caballo. Sus botas brillantes y sus espuelas doradas se dejaban ver desde lejos. Era toda una autoridad.

Juanito lloró y corrió despavorido por el llano. Corrió hasta quedar exhausto junto a un matorral y en el regazo de su sombra se tendió. Durmiese con su soledad y con el corazón destrozado por la impudicia de ese orden rojo y negro. Soñó con el padre, con sus largas ausencias en las montañas; lo vio grande y bondadoso. Soñó con aquel cinto de cuero donde enfundaba las pistolas: “Esto es cosa de hombres, Juanito, pero espero

que tú nunca las necesites”, le había dicho muchas veces. Soñó con la mamita, con la tristeza y las lágrimas que vertía entre la almohada cuando pensaba que él y Lupita dormían. También vio como se llenaban de alegría cuando el padre bajaba de las tierras altas. El gozo les inundaba, aunque la madre siguiese llorando entre los brazos del esposo. Lloraba hasta que el marido le besaba en los ojos muchas veces.

A Juanito le despertó el frío de la noche. Ese frío que se le había metido en el cuerpo y cortaba sus entrañas como afilado cuchillo. Le despertó el horror, el hambre y el frío y comenzó de nuevo a correr por el llano. El grito de dolor fue escuchado por el padre, aunque hiciese tiempo que se hallaba perdido en el infinito.

El trasplante

Las fuertes luces cubrían la blanca superficie del quirófano. Sobre él, un escuálido adolescente con el torso abierto esperaba órdenes del cirujano jefe. A escasos centímetros, un pulmón esperaba en una pequeña cámara frigorífica. Los últimos cortes, las últimas prevenciones y la cavidad torácica quedó en disposición de recibir el órgano intruso.

En una habitación contigua, una niña, bajo los efectos de la anestesia, también luchaba por salir de la tenue frontera que separa la vida de la muerte. Sus facciones se escondían entre los tubos de goma; sólo podían verse pequeños fragmentos de su cara. En sus manitas también se entretejían agujas y gomas que ascendían hasta las botellas colgantes.

Era una clínica donde sólo podía acceder un reducido número de personas. Los mejores médicos, la más alta tecnología y un equipo de investigación propio. Todo era de primera calidad y, casi todo, se podía reparar: los efectos de la vejez, el cansancio, los más delicados trasplantes, el exceso de drogas, la pérdida de la virilidad, la obesidad. Pero Isabelita estaba allí por motivos bien distintos.

Semanas antes, el cirujano había conversado con el padre de William. Le dijo que el cáncer había comenzado a invadir el otro pulmón, le habló del resultado fallido de otras terapias y de la última solución. “No escatime dinero. Ponga las técnicas más avanzadas al servicio de mi hijo y recupere su salud. Tengo dinero suficiente para afrontar todos los gastos; están a su disposición”, le contestó el padre.

La niña apareció en aquella esquina enroscada como un ovillito de lana. Sus largos y negros cabellos tapaban gran parte de su cara. Aunque llevaba allí varias horas, nadie

se había percatado de su presencia, o al menos nadie se detuvo para ver si necesitaba ayuda. Atrás quedaban los días aciagos en los que la muerte y la vida libraban una fuerte batalla para poseerla.

Fue José, el dependiente de la pequeña tienda de comestibles, el que vio a la pequeña. Se disponía a abrir cuando notó que un bulto blanco rompía la soledad del pequeño descampado. Hasta que no estuvo a escasos metros de, no pudo apreciar que se trataba de una niña. Se quedó mirándola. No se movía. Esperó a que la pequeña diese alguna señal de vida, pero la niña seguía sin moverse. Con la mayor prudencia, el muchacho se acercó, puso su mano sobre un hombro de la pequeña y preguntó: “Oye, ¿qué te pasa? ¿Necesitas algo? ¿Te has perdido?”

Esperó a que la niña diese alguna respuesta, o algún signo que permitiese una mayor comunicación. Tuvo la primera evidencia de que la niña estaba viva cuando comenzó a levantar la cabeza. Con la mirada perdida, pronunció unas palabras: “Bubo, ¿donde está Bubo?”.

La niña miró al muchacho. Sus ojos mostraban gran desconcierto. Parecía que hubiese venido de otro mundo. Él le tendió la mano mientras la miraba con ternura; pretendía ganar su confianza, por eso siguió con la mano tendida. La niña la agarró y se dejó conducir hacia el interior de la tienda. José observó que la mano de la pequeña tenían un gran hematoma en la parte superior y aflojó la presión que ejercía sobre ella. “¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de comer?”, preguntó.

La niña no dijo nada, pero cuando el muchacho le acercó un paquete de galletas, mientras le miraba furtivamente, las cogió con rapidez; parecía temer que José pudiera arrepentirse del ofrecimiento.

El propietario del establecimiento llegó poco más tarde y José, atropelladamente, le contó lo sucedido. El hombre, después de mirar a la niña, se dirigió al teléfono. “Se abandonan a muchos niños todos los días. Mejor será avisar a la policía para que vengán a recogerla. No quiero tener ningún problema”.

Mientras su jefe hablaba por teléfono, el muchacho volvió a mirar a la pequeña. Se había comido las galletas y su rostro ya no mostraba la extrañeza de los primeros momentos. Fue entonces cuando pudo apreciar cierto aspecto en los antes no reparó: era muy bonita, aunque estaba algo pálida. Los cabellos negros y lacios rebasaban los hombros. Estaba bien vestida: un vestido blanco con adornos de encaje, una chaqueta de perle azul y unos zapatos de charol negros, completaban un vestuario muy distante de la indumentaria de los niños abandonados. Todo aquello le pareció un tanto extraño.

El agente de policía se presentó en la tienda, se dirigió a la pequeña mientras la observaba con atención. Ella fue a refugiarse tras el muchacho; sus ojos mostraban temor. La pequeña siguió escondida detrás del muchacho hasta que el policía nombró la mágica palabra, su sonido derribó la barrera psicológica que había entre la niña y el agente. Sólo entonces dejó asomar su cara.

–Sólo quiero ayudarte, llevarte con tu *mama*. ¿Dime cómo te llamas? ¿Dónde Vives? Voy a llevarte con ella–repitió–. No tengas miedo.

–¿Usted cree que puede tratarse de un abandono?–preguntó el muchacho.

–Creo que se trata de otra cosa y pronto lo vamos a saber.

El agente se acercó y la sentó en una esquina del mostrador suavemente. La niña se llevó las manos al dorso intentando protegerlo. El policía le desabrochó los botones del vestido y cuando éste cayó sobre la cintura, pudieron comprobar la marca que atravesaba su pecho. “Me lo temía. ¡Sinvergüenzas!, es cada vez más frecuente. Debo llevármela para hacerla un reconocimiento y avisar a su familia. Tenemos denunciadas varias desapariciones. Se trata de tráfico de órganos. Estamos detrás de una red que suele operar por diversos países para abastecer el mercado de EE.UU. Si observasen algo sospechoso no duden en llamarme; les dejo mi teléfono. Usted deberá ir a la comisaría para hacer los trámites de costumbres y firmar la declaración. No tardará mucho”.

Cuando la pequeña se marchaba con el agente, volvió la mirada hacia el muchacho. “Gracias. Estaban muy buenas”, dijo mientras se despedía de él agitando la mano amoratada.

José respondió de la misma forma. “Cochinos”, dijo entre dientes.

La mujer no terminaba de creérselo. Hacía más de dos meses que había denunciado la desaparición de Isabelita y todo ese tiempo anduvo entre la incertidumbre y la esperanza. La angustiosa espera sólo era rota por los requerimientos que hacía pidiendo información, pero en la comisaría siempre contestaban lo mismo: “Señora, hay más desapariciones. Su caso es uno entre miles. No contamos con personal suficiente, pero se hace todo lo que se puede. No se preocupe que estamos en ello”.

Como todas las mañanas, la había dejado a la niña en casa de María Fernanda. Ella le daba el desayuno y la dejaba en el colegio. Ese día, cuando fue a recogerla sólo encontró a la mujer llorando amargamente: “La deje en la puerta de la escuela. La vi marchar por el pasillo. Cuando volví a recogerla ya no estaba”, dijo entre sollozos. Ahora, la avisaban para el reconocimiento de una niña, pero no aseguraron que fuese la suya: “Señora, tenemos una pequeña que se corresponde con los datos de su hija. Es parecida a la foto que nos dio, aunque no es reciente”. Mientras se preparaba para salir, iba interrogándose sobre la identidad de la niña encontrada “¿Será mi niña? ¿Me hubiesen llamado de no ser así? “¡Dios!, que sea ella”. No estaba preparada para recibir una decepción, por eso desechó las dudas.

La agónica espera había terminado. Una inmensa alegría recorrió su alma cuando la vio. Se abalanzó sobre ella y dio rienda suelta al amor que tenía guardado; quiso darle todas las caricias que no pudo durante la larga ausencia.

–¡Mi niña! Ángel mío, ¿qué te han hecho?–decía, mientras la cubría de besos y lágrimas.

–Nos alegra que sea ella. No estábamos seguros.

La abrazó y, de cuando en cuando, sus manos temblorosas acariciaban sus cabellos, hacía grandes esfuerzos por contener las lágrimas. El agente iba explicando las teorías de lo que podía haber sucedido a la pequeña. Cuando terminó su plática, a la madre se la desató la ira que llevaba dentro. Dos meses de espera y de angustia contenida era demasiado tiempo.

–Sinvergüenzas, asesinos, ladrones. No hay derecho que hagan esto. ¿Qué hacen que no detienen a los ladrones? A los pobres se nos roba todo y no hay nadie que nos defienda. Las cárceles están llenas de pequeños delincuentes que se pudren en ellas, pero los grandes siempre quedan fuera.

–Mire señora..., no es tan fácil. Suelen ser bandas muy bien organizadas que cuentan con la complicidad de personas influyentes. Seguimos investigado, pero cuando creemos haber llegado a una pista importante ésta se corta en seco. Es más complejo de lo que parece, pero seguimos intentándolo. Piense que usted ha recuperado a su hija. Otros niños desaparecen para siempre, ni siquiera se encuentran sus cuerpos, o cuando los encontramos ya están muertos. Sé que es difícil entenderlo, pero... han tenido mucha suerte.

El agente seguía animando a la compungida madre cuando se presentó un joven médico dispuesto a hacer las oportunas recomendaciones: “Si sigue las instrucciones, su hija podrá llevar una vida normal y sin demasiadas complicaciones. No tiene por que resentirse excesivamente, pero para ello debe llevar una vida sana, aunque moderada en los ejercicios. Buenos paseos al aire libre y buenos alimentos. Aléjela de los ambientes contaminantes. Tiene que tener en cuenta que el pulmón que le queda debe hacer un esfuerzo mayor para compensar el que ha perdido”.

La mujer iba asintiendo a las recomendaciones que el galeno le iba dando, más por dejarle tranquilo y poder marcharse que por el efecto que las palabras causarían en ella. No hacía falta ser muy instruida para saber los cuidados que necesita una persona delicada del pulmón ¿Qué pobre no había tenido entre sus familiares o amigos un tuberculoso? No por gusto, sino por necesidad sabían como se curaba.

Cuando todas las diligencias burocráticas estuvieron terminadas, madre e hija salieron de la clínica. El policía se ofreció a acompañarlas en coche hasta su domicilio; ella aceptó.

En el recorrido, la madre apretaba a su pequeña como si temiera que fuesen a arrebatársela de nuevo, y la pequeña se acurrucaba de tal forma que parecía querer penetrar en el seno materno.

El auto se estaba acercando al barrio. Ya se veían los techos de las pequeñas casas; éstas se alineaban a ambos lados de la desconchada carretera. “Ya hemos llegado”, dijo la mujer. El coche se detuvo y el hombre bajó con ellas. Se brindó a acompañarlas, pero la madre de Isabelita rechazó el ofrecimiento:

–No hace falta, es aquí mismo. La casa está a la vuelta; a unos pasos. Ha sido usted muy amable al acompañarnos.

–Estoy a su disposición. No dude en llamarme si tiene alguna necesidad. Para eso estamos. Tiene una hija preciosa. ¡Cúidela! Que hay mucho sinvergüenza suelto.

Torcieron en la primera calle que se abría y se dirigieron hacia las casitas que se amontonaban junto al terraplén. En el extremo derecho, una diminuta valla blanca marcaba la linde de la casa con el exterior. Una puerta de hierro verdosa permitía acceder al reducido patio. En él, dos árboles batían el cálido aire de la tarde. El jardín servía de antesala a la habitación central de la vivienda y de ésta partían dos cuartos pequeños. Cuando entraron, un enorme perro se abalanzó hacia la pequeña con tanta alegría y vitalidad que casi la tira al suelo. Mientras aguantaba los lametones del chucho, la cara de Isabelita recuperó todo su esplendor. “Bubo, Bubo”, dijo riendo. Contemplando la escena, la madre pasaba de la risa al llanto como si ambas formasen parte de aquella desbordante alegría. Ella bien sabía que los momentos de felicidad penetran como intrusos y se van apenas comienzan a disfrutarse; que son extrañas aves de paso. Estaba segura de que vendrían momentos amargos, pero la felicidad que sentía ahora estaba dispuesta a saborearla.

–Necesitamos dos riñones, un pulmón y un hígado de forma inmediata–dijo una voz metálica desde el otro lado de la línea telefónica.

–Lo conseguiremos, pero las condiciones no serán las mismas. Cada vez es más difícil hacerse con órganos, nos siguen los pasos y los sobornos cuestan mucho más.

–Déjese de amenazas, que en esto ustedes tienen más que perder que nosotros. Necesitamos la mercancía con urgencia. Después hablaremos del precio, pero ahora consiga los órganos.

El hombre colgó el teléfono y se volvió hacia el gran ventanal. Desde allí se divisaban los numerosos rascacielos de la gran urbe. Encendió un cigarrillo y comenzó a mirar las calles. Desde su pináculo se veían muy pequeñas y los viandantes parecían diminutas figuritas. Le quedaban tan lejos que apenas eran perceptibles.

El presidente

El Presidente se despertó sobresaltado. Había tenido una pesadilla horrible y la angustia todavía se reflejaba en su rostro. Era medianoche y ya no pudo conciliar el sueño.

El día amaneció turbio al igual que su ánimo. Salió al jardín para cerciorarse de que todo estaba en orden. Mientras desayunaba recordó las inquietantes imágenes del sueño: hombres sobre los cristales del ventanal de su dormitorio reptaban hacia el tejado. Desayunó sin apetito y paso el día intranquilo; aquellas escenas, aunque difusas no podía quitárselas de la cabeza.

Pasó a su despacho y el servicio de comunicación le puso al corriente de los últimos incidentes del día anterior: “Señor presidente, los despedidos de las empresas en crisis ocuparon algunas calles de la capital y hubo que emplear la fuerza para disuadirlos. Los enfrentamientos se han saldado con treinta muertos y cien heridos; todos ellos manifestantes”. El Presidente hizo una llamada telefónica y dio instrucciones al máximo responsable del Ministerio de Seguridad Nacional para que no se repitieran aquellos desórdenes: “Hay que terminar con las protestas callejeras; no dan buena imagen”. Contaba con un servicio policial muy eficaz y el mejor servicio de inteligencia y estaba convencido de que la coordinación de ambas restablecería el orden.

Durante las noches siguientes durmió más tranquilo, aunque aquel sosiego sólo fue transitorio. No había pasado una semana cuando volvió a irrumpir aquella tenebrosa pesadilla. En esta ocasión, los hombres trepadores eran muchos más y también había mujeres y niños. Se despertó temblando. Llamó a seguridad y les dijo que había enemigos tratando de ocupar la residencia presidencial. Se rastrearon todos los

rincones de la casa y los anexos del servicio doméstico, pero no encontraron nada que pudiera despertar sospechas.

Ese día había que tratar asuntos internacionales y fue requerida la presencia del Consejo de los Trece, máximo organismo económico y político sobre dichos asuntos. Las relaciones que mantenían con diversos países orientales hacían necesarias medidas urgentes para mantener los acuerdos sobre cooperación. El Presidente pidió información sobre los últimos acontecimientos de esos países. “Señor presidente, la situación aconseja acabar con los focos de violencia de Aquí y Allá; no sólo por nuestra seguridad sino por la de nuestros aliados”, dijo el Secretario de Estado. “No se anden con remilgos. Mano dura. No podemos consentir disturbios que pongan en peligro la paz lograda con tanto esfuerzo”, concluyó el presidente.

Aquella noche estaba dispuesto a dormir a pierna suelta y pidió un somnífero. Descansó de un tirón y sin nada que enturbiase sus sueños, aunque se despertó con un extraño sobrecogimiento: algo parecía flotar en el ambiente que hacia más espeso el aire. Llamó a su médico y le contó aquella sensación. Éste no le dio mayor importancia, aunque le suministró un tranquilizante para calmar su inquietud.

Durante los próximos días, el país gozó de tranquilidad absoluta. Las revueltas estudiantiles habían sido abatidas, las protestas de los parados se habían combatido con una ley de vagos y maleantes, y las calles se iban vaciando a la vez que las cárceles se llenaban de desempleados y de todo aquel que diese muestras de inconformismo. Tuvieron que dotar al país de mayor número de prisiones. “Mantener la tranquilidad en las calles es lo más importante”, había asesorado el Consejo de los Trece.

Las relaciones para mantener el comercio de Aquí y de Allá, se hicieron difíciles porque las poblaciones de esos países se iban tornando levantiscas. Dichos gobiernos pidieron ayuda al Presidente para mantener el orden y éste mandó fuerzas de ayuda y ocupación. Aquella medida dio buen resultado, aunque se saldó con treinta mil muertos, cincuenta mil heridos y otros tantos desaparecidos. La noticia llegó a los pocos días y el Consejo se reunió de nuevo. “No podemos retroceder”, dijeron de

forma unánime. Esa noche durmió desasosegado, aunque no tuvo pesadillas. Al día siguiente le dieron un nuevo parte en donde se leía que se habían dado nuevos disturbios en Allá y que éstos habían arrojado un saldo de cinco mil muertos.

Esa noche volvió a soñar con hombres trepadores, pero en esa ocasión fue mucho más horripilante; toda la residencia presidencial, incluido el jardín, estaba ocupada por humanos vestidos de negro. Tan juntos estaban que parecían un solo cuerpo reptando por suelos y paredes hacia el tejado de la residencia. Se despertó gritando y empapado de un sudor viscoso y frío. Llamó a seguridad y éstos registraron, minuciosamente, la mansión, pero después de varias horas de intensa búsqueda no encontraron nada sospechoso. Cuando el médico dictaminó que el Presidente sufría ansiedad, se ordenó hacer una encuesta para comprobar el grado de popularidad del Presidente de Tolón. Las encuestas anunciaron que la mitad de la población estaba descontenta con la política del gobierno. El Presidente mandó investigar a delincuentes habituales, estudiantes habladores y demás personas sospechosas. Los Servicios de Inteligencia le dieron el parte:” Señor presidente, la mitad de la población es díscola”. “Amplíemos las cárceles si es necesario; no quiero disidentes”.

Cuando se enteró de que las cárceles se habían convertido en un polvorín, que los motines eran cada vez más frecuentes y que los guardianes eran incapaces de mantener el orden, volvió a soñar con hombres trepadores. Multitud de personas subían, lentamente, lamiendo el aire. Llamó al servicio, mas nadie acudió. Intentó dar las luces, pero no se encendieron. Fuera, una muchedumbre humana se agolpaba; sus caras eran horribles: estaban cubiertas de sangre y desgarradas. Un olor insoportable penetraba por las rendijas de las puertas y las ventanas impidiéndole respirar. Entonces se dio cuenta. ¡Eran muertos! Estaban por todas partes. A pesar de la oscuridad, pudo percibir que del jardín parecían brotar cuerpos y cuerpos. Cadáveres que intentaban tragarse la mansión. Le faltaba el aire y el horror le impedía abrir la ventana. A duras penas, intentó dar unos pasos hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, el pomo comenzó a moverse. El pórtico se fue abriendo lentamente mientras un grito desgarrado

salió de su garganta. Después, un silencio sepulcral se adueñó de la residencia presidencial.

Eran las ocho de la mañana cuando encontraron al presidente. Estaba tendido en el suelo, junto a la cama y con los ojos espantados.

Los Servicios de Seguridad pidieron refuerzos para acordonar la zona y registrar la mansión. No encontraron nada sospechoso, aunque un putrefacto hedor inundaba la residencia. Una noticia escueta de los servicios informativos dio la noticia: “El Presidente ha muerto esta mañana, en extrañas circunstancias, en su residencia. Se está investigando sobre las posibles implicaciones de un comando extremista que pudo haberse introducido en la mansión durante la noche.

Fragmentos

Era un hospital improvisado. En él, algunos hombres, heridos y mutilados, lanzaban desgarrados gritos de dolor. Otros, ya moribundos, susurraban débiles lamentos que se ahogaban en el ambiente. Las personas que les atendían intentaban darles consuelo; poco más podían hacer pues otros remedios eran casi inexistentes. A pesar de aquella escena, la mente del niño volvió a recordar lo que aquella mañana les había dicho la maestra: “Debemos ser generosos y compartir lo que tengamos”. Las lágrimas del adolescente comenzaron a humedecer sus mejillas. No sabía porqué se encontraba allí, pero una inmensa congoja recorrió su cuerpo. Quiso evadirse de la realidad que le envolvía; llamó al sueño, pero éste no se presentó.

Comenzó a recordar a la madre: sus acariciadores ojos, su gastada sonrisa, sus manos que curaban penas y miedos. “¿Dónde estará hora?”, se preguntó. La angustia de no volver a verla le hizo romper en sollozos y con ellos llegó el sosiego. Se durmió saboreando la salazón de sus lágrimas y por su mente pasaron imágenes inconexas: dos hombre bajando de un camión que se acercaban a él y a su hermana, los pájaros alterados volando muy bajo, la madre acariciándolos y jugando en la orilla del río, vio a la maestra y al resto de los compañeros de la escuela, también vislumbró al perro con el que compartía juegos y hambre; oyó sus ladridos y recordó un estrepitoso ruido.

Se despertó con una escena difusa y carente de sentido: unos hombre con enormes ojos y sin bocas, un envoltorio blanco y pequeño, un coche que parecía volar.

Sintió un profundo dolor en las piernas y gritó. Un hombre fue hacia él para consolarle. Entonces se dio cuenta de que era uno más entre los dolientes que se amontonaban bajo aquellas lonas. Percibió como le limpiaban el sudor de la frente. Le

picaba la sequedad de sus labios y pidió agua. El hombre fue por ella y volvió con un recipiente. Se incorporó para beber y un escalofrío le atravesó el cuerpo cuando bajó la mirada hacia el catre. ¡No tenía piernas! “Ha sido la metralla”, dijo el hombre que tenía a su lado. “Y mi hermana”, preguntó. “Tu hermana voló más alto”. “Entonces, ¿estará en el cielo y ya no sufrirá por nada?”. “Así es muchacho. Ella ya no puede sentir dolor alguno”, dijo mientras le acariciaba la cabeza. “¿Por qué me duelen si ya no las tengo?”. “Suele suceder durante un tiempo. La cabeza todavía tiene el recuerdo de ellas. Es hasta que se acostumbra a su ausencia”, contestó el enfermero.

Sintió el dolor del vacío y la congoja de la soledad. Sus ojos se volvieron mares negros; los cerró e intentó bucear en su memoria: “Volvíamos de la escuela, el perro venía a nuestro encuentro y, al pisar entre las zarzas, la tierra explotó; aquella polvareda y..., los hombres blancos”. Sus recuerdos se acababan ahí. ¿Qué había ocurrido? Por más que intentaba rememorar no conseguía visualizar nada más. Ahora estaba entre hombres que, al igual que él, sufrían. De nuevo, volvió a saborear la salazón de sus lágrimas y se durmió recordando las caricias de su madre.

El telar

A Samir le despertó un fuerte golpe en la espalda. Levantó la cabeza y vio al colérico Tao; el capataz estaba junto a él, desafiante y vociferando: “Maldita pandilla de bribones. No os ganáis el plato de comida que se os da. Si por mí fuera, algunos estaríais en la calle. Os aprovecháis del amo que es bueno y os consiente todo”. Después de haberle propinado tan tremenda patada, el capataz se marchaba entre los telares con su letanía a cuestas.

Su mal carácter iba acompañado de un repugnante aspecto físico. Su cara contenía una desproporcionada nariz curvada y su enorme boca desdentada parecía una gruta tenebrosa que albergara monstruos de diverso pelaje. Era el terror de los jóvenes trabajadores; él se encargaba de hacerles la vida más imposible de lo que ya era. Si algún muchacho le caía mal, mejor era que fuese buscando otro sitio donde trabajar.

Era la primera vez que Samir se quedaba dormido en el trabajo. Había pasado la noche en vela; su pequeña hermana se despertó entre sudor y llanto. La mañana le arañó los ojos cuando comenzaba a dormirse; le anunciaba que debía partir hacia el telar. “Bueno era Tao para entender los contratiempos”, murmuró mientras echaba agua sobre su cara. Salió después de dar al hermano toda clase de recomendaciones: “Sobre todo no salgas. No la dejes sola. Tienes que cuidarla hasta que yo llegue. Tienes que poner en su frente paños de agua para que baje la fiebre. Aquí la tienes, no la desperdicies”.

Aunque tuviese que pasar más hambre que de costumbre, no se despegaría de la pequeña. No podrían ir a mendigar, o a buscar restos de comida en los cubos de los restaurantes.

En el telar había trabajadores muy jóvenes: entre los siete y doce años; eran sumisos y baratos. Las manos pequeñas eran las más apropiadas para tejer alfombras y

tapices. Unos minutos para comer y seguían con la rutina: era salario les daba. Unas rupias, no siempre, completaban el jornal.

Samir acababa de cumplir doce años y hacía más de dos que él y sus hermanos habían quedado huérfanos. La pobreza extrema de sus parientes impidió tomarlos a su cargo. Así pues, Samir tuvo que asumir una responsabilidad que excedía a sus fuerzas.

Cuando salió del telar fue a la farmacia. A pesar de que el farmacéutico le advirtió que las altas fiebres son producidas por infecciones, sólo pudo comprar antitérmicos. Samir le dio las gracias por la información y le dijo que no tenía más dinero. Ante la mirada lastimera del dependiente, salió de la botica.

Llego a las ruinas y encontró al hermano llorando junto a la niña. Mientras se iba acercando a ellos, Samir sintió que un negro escalofrío recorrió su cuerpo. Se arrodilló junto al hermano y miró el cuerpo escuálido y rígido de la niña. Soraya le pareció más pequeña que de costumbre; la vio como una frágil muñeca de porcelana. Tenía el color del marfil y sus ojos estaban abiertos; parecían mirar al cielo. No hicieron falta palabras. Los dos hermanos se miraron horrorizados e impotentes. Samir se levantó y fue a descargar su furia contra los endeble muros. Sus puños y sus pies golpearon, una y otra vez, aquellas renegridas paredes. Ya sosegado, volvió junto a ella. La miró minuciosamente; intentaba descubrir algún vestigio de vida en su cuerpo “A lo mejor vuelve. Nosotros jugamos a escondernos, desaparecemos un rato y, ¡zas!, aparecemos en otro sitio”, le dijo el hermano. Samir le abrazó mientras seguía mirando a Soraya. “Ojalá tengas razón. ¿Por qué no puede haber un poco de vida escondido en algún huequito?”, dijo el más pequeño. Mas sus deseos no se cumplieron. Samir tomó a la pequeña entre sus brazos y abandonó las ruinas. A su lado, llorando hiposamente, caminaba el hermano.

Cuando llegó al telar, un gigantesco individuo les impidió entrar. Samir nunca había visto a aquel descomunal hombre. Sabía que las alfombras eran muy valiosas y que estaban bien custodiadas, pero aquel vigilante le llenó de terror. El miedo le mantuvo paralizado unos instantes. Después se fue recuperando hasta lograr articular algunas palabras.

–Vengo a dormir aquí. No tengo dónde ir. ¡Por favor!, déjame pasar.

–No tengo órdenes de Tao. ¡Vete!.

– No quiero ir allí. Mi hermana ha muerto. No quiero volver a ese lugar; me da miedo. ¡Déjame quedarme! ¡Te lo suplico!

–No puedes pasar sin autorización de Tao. No me hagas ser duro contigo. Tengo órdenes muy estrictas del capataz y tengo que cumplirlas si quiero conservar mi trabajo. Has tenido mucho atrevimiento al presentarte de esta forma. ¡Vete muchacho!

Pero Samir ya no le escuchaba y siguió avanzando hacia la puerta. No vio que el vigilante tenía una barra de hierro entre sus manos. Samir siguió avanzando con el cuerpo de la hermana entre sus brazos.

El vigilante comenzó a pegar a Samir sin tener en cuenta que el cuerpo del muchacho era muy frágil. Le golpeó repetidas veces esperando que el muchacho desistiera de su pretensión. Samir cayó al suelo. En su lenta caída, su cuerpo cubrió el de su hermana; era la última protección que podía ofrecerle. El hermano comenzó a dar patadas al vigilante. El hombre, amenazándole con el mortal instrumento, le ordenó que se marchara y el niño huyó del lugar. El guardes no se molestó en apartar los cuerpos de Samir y de Soraya más de lo necesario; sólo había que dejar la entrada libre para que los trabajadores se incorporasen a su trabajo. “Quién va a preocuparse de ellos? Me limitaré a decir que les he encontrado en la puerta. Daré parte del suceso mañana y todo resuelto”, murmuró.

Por la mañana, cuando los trabajadores comenzaron a entrar, casi nadie reparó en aquellos cuerpos. Estaban muy juntitos y arrinconados junto a cartones y desechos de diversa índole. La cabeza de Samir quedaba oculta entre los desperdicios. Los cuerpos sólo llamaron la atención a un muchacho: al compañero de telar de Samir. Le extrañó encontrarles allí, pero pensó que se habían quedado a dormir junto a la puerta para no hacer el largo camino de todos los días. Como todas las mañanas, la sirena tocó durante unos segundos y todos se apresuraron a sentarse en sus puestos. Sólo un sitio permaneció vacío durante todo el día.

El parte fue dado a la policía y vinieron a llevarse los cuerpos. Como un objeto cualquiera, fueron retirados para llevarlos al depósito de cadáveres

“Lo más probable es que haya sido una pelea entre chiquillos”, dijo el inspector.

Esperarían un tiempo prudencial por si alguien los reclamaba.
Después lo llevarían al hospital central; la ciencia sabía qué hacer con los cadáveres anónimos.

El difunto

Me enteré de mi fallecimiento cuando fui a cobrar la pensión del mes. El funcionario me dijo que no podía abonarme la paga de jubilación porque yo estaba muerto. Intenté rebatirle su apreciación diciéndole que yo no tenía conocimiento de mi muerte, que la sangre corría por mis venas y que mi corazón seguía palpitando. El empleado se quedó aturdido, me miró unos instantes y fue hacia el ordenador del fondo. Volvió para darme su más sentido pésame y dijo que no podía hacer nada por mí porque yo estaba muerto desde el mes pasado, concretamente desde el día 12 de septiembre. “Eso es lo que indica el ordenador”, insistió. “¡Óigame!, esto es un tremendo error. Le aseguro que estoy vivo; si lo sabré yo”, le respondí. El hombre no disimuló su contrariedad y me indicó que fuese al servicio de reclamaciones.

Subí a la tercera planta y me puse en la fila de los agraviados. Cuando llegué a la ventanilla expuse las razones que me habían llevado allí. El empleado me escuchó atentamente y también fue al ordenador. Volvió en unos segundos y puso en mis manos unos folios impresos. En ellos se constataba que yo había fallecido el 12 de septiembre del presente año 2000. Intenté hacer valer mis derechos y pedí que resolvieran tamaña confusión, pero el jefe de seguridad vino hacia mí y me pidió que no alborotara mientras me agarraba del brazo y me conducía a la puerta. Grité, pedí auxilio, pero nadie se dio por enterado.

Mientras bajaba las escaleras, comencé a pensar si tal vez tuvieran razón; tengo que reconocer que siempre fui tozudo.

Una vez en la calle, estuve paseando por los alrededores. Me miraba en los escaparates para comprobarme; veía mi cuerpo reflejado como siempre, aunque algo difuso.

Cuando llegué a casa, Bruno salió a recibirme. Le acaricie la cabeza, pero no estaba seguro si él lo notaría, lamió mi mano y noté la humedad de su caricia. Me miré en el espejo del recibidor; casi no me vi, los contornos de mi cara estaban muy difuminados y mis facciones eran casi imperceptibles, mi rostro parecía un cuadro de Monet. Me senté en el sofá y al rato me vinieron ganas de comer.

Como no terminaba de creerme lo de mi muerte, hice varias reclamaciones por escrito. Todas ellas fueron contestadas pero reafirmando mi defunción. Aquella situación me resultaba extraña, pero terminé acostumbrándome a mi nuevo estado, plagado de indolencias y satisfacciones. Porque razonando que ya estaba difunto, comencé a comer lo que me apetecía sin tener en cuenta los niveles de colesterol y despreocupado de la tensión y otras historias, frecuenté mujeres cuando me vino en gana y volví a fumar después de seis años de abstinencia. Claro está que sólo pude hacerlo mientras duraron los ahorrillos que tenía, que no eran muchos. Desde entonces pido en la puerta de la iglesia, Nuestra Señora de la Caridad. Me tiro horas y horas repitiendo la misma letanía “¡Hola! Les habla un muerto. Me llamo Inocencio Aguado, vine a este mundo el 23 de enero de 1935, en Cáceres, y fallecí en Madrid, el 12 de septiembre del año 2000. Los viandantes depositan en mi mano algunas monedas, aunque observo que mis palabras les deja un tanto confundidos.

Las afueras

¡Se acabaron los conflictos! Ya tenemos la paz de los muertos.

Aquel día amanecí muy raro. Me paseaba por el cuerpo una extraña desazón que me dejaba más inerte que de costumbre, pero no llamé a madre para no inquietarla; bastante tenía ella con aguantar su vida. Más tarde, entre neblina, vi a los vigilantes intentando reanimarme y escuché sus comentarios como si fuesen ecos lejanos. Después, las figuras se fueron alejando hasta quedar reducidas a sombras. No sentía mi cuerpo, pero notaba que me desplazaba como si tuviera alas.

Aunque todavía yacía en la celda, yo lo vi todo. Recuerdas, Manolo, esa mañana, te costó más trabajo que de costumbre levantarse de la cama. Oíste la voz de madre entre sueños, pero muy lejana: “Arriba Manolo, yo me voy. Llévate a tu hermano si vas a buscar chatarra”. Se iba al mercado, como todos los días, para vender algunas verduras que compraba a los hortelanos del poblado. Siempre fue poco lo que sacó, pero conseguía comprar algo de leche, pan y galletas y, de cuando en cuando, carne o pescao. Ya sabes que de padre no se puede esperar gran cosa; hace tiempo que los dolores del reuma le tienen más tiempo en barbecho que en activo y que suele descargar gran parte del trabajo en tus espaldas.

Te levantaste con dolor de garganta y tosiendo. Esa maldita tos se había agarrado a ti como una lapa y no quería abandonarte. Padre seguía durmiendo en el otro extremo de la chabola y los ronquidos que daba se dejaban oír por todos los rincones; claro que aquello es tan pequeño que hasta el respirar se oye. No supe cuando se levantó; posiblemente lo hizo al mediodía para esperarte: sólo salía a la busca si tú no lograbas traer algo de valor.

Comisteis las galletas que madre había dejado en la mesa y un poco de leche que quedaba en el envase de cartón. Compartisteis mesa con las mosca que se arremolinaban sobre los restos de la lata de sardinas de la noche anterior.

Desde los últimos meses, tú eras el principal encargado de llevar la chatarra a casa y también de recibir las broncas de padre cuando no lograbas llevar lo que él esperaba.

Cogiste la carretilla y al hermano y os dirigisteis al montículo que sobresalía del descampao. Aquellos escombros de las construcciones cercanas os permitían sacar material para vender en los almacenes de desguace, pero tú bien sabías que los desechos de valor se estaban agotando. Las casas se iban acercando y todo indicaba que pronto tendríais que levantar el campamento de esa zona. Pero que le vamos a hacer; no es la primera vez que la expansión de viviendas expulsa más lejos a los poblaos chabolistas.

Apenas fuiste al colegio. Dos años seguidos: “Lo justo pa aprender a defenderse en la vida”, solía decir padre. Pero madre era otra cosa; siempre protestó y le plantó cara. Él te necesitaba para ir a la busca y te arrancó del colegio a pesar de las peticiones que ella le hizo y de las advertencias de don Baltasar: “El chico es listo. Hoy no se va a ninguna parte si no se cuenta con algunos estudios, aunque sean mínimos. Piensen en él; en su futuro”. Pero Benito, *El Chatarrero*, erre que erre. “Al chico lo necesito pa trabaja. Yo estoy mu cascao y el maldito reuma lo llevo a cuestras desde que me levanto”, decía siempre que madre intentaba convencerle.

Ya sé que a ti no te importó demasiado abandonar el colegio. Sólo sentías pena por dejar de ver a don Baltasar, el único que te trataba con cariño y respeto. El resto lo hacía con indiferencia, cuando no despectivamente. Pero don Baltasar era otra cosa. Siempre te daba algún caramelo en el recreo, o te metía la mano entre tu pelambreira ensortijada mientras sonreía. Yo sé que te gustaban esas muestras de afecto porque de padre sólo recibías malos tratos. Finalmente, cuando dejaste la escuela, fue el único que te dijo: “Siento que te vayas, hijo. Tu padre debería recapacitar”.

Por aquel entonces, yo ya estaba enchironao y madre venía verme todas las semanas. Estaba muy afectada, se le notaba porque había que sacarla las palabras con sacacorchos, y eso era raro en ella. De lo mío, en parte, ya se había recuperao. Le juré que estaba limpio; que cuando saliera todo iba a cambiar y ella se lo creyó; necesitaba creérselo y eso facilitó mis mentiras.

De una cosa siempre he estado seguro; tú eras su preferido y ella estaba convencida de que saldrías del agujero; por eso le sentó tan mal que padre te arrancara del colegio, aunque a don Baltasar le seguirías viendo. Ya terminaba agosto cuando él se presentó en el poblao para deciros a ti y a madre que podías pasarte por su casa y seguir con las clases; ella vio el cielo abierto y tú también. Seguiste frecuentándole, aunque eso te dio muchos disgustos con padre.

Comenzaste a excavar en aquel montículo mientras nuestro hermano se entretenía con unos tablones y una rueda de automóvil. Asomaban, entre unos ladrillos, algunos objetos de construcción que podían ser interesantes y tú intentaste hacer palanca con un hierro para retirar aquella masa de ladrillos, pero sólo se abrió una pequeña grieta. Cuando intentabas sacar del interior lo que parecía tener valor, una rata enorme salió de los escombros y te saltó a la cara. Caíste, y tu espalda se estrelló contra los tablones donde jugaba Quique. Cuando se te pasó el susto, te llevaste la mano a la cara; no sabías si era un simple arañazo o te había mordido. Te afanaste en seguir buscando, pero por más que escarbabas no conseguiste nada que pudiese servir para la venta: sólo gomas pintadas y alguna cerámica rota de construcción. Te cansaste de buscar, aunque sabías que te esperaba una bronca. “Cómo se va a poner mi viejo”, murmuraste en voz baja.

Cuando volvisteis a la chabola ya había llegao madre y estaba preparando la comida. Os sentasteis a la mesa, pero tú no llegaste a hacerlo porque padre no lo permitió.

–¿Qué has traído de la busca? ¡Na!, pues na vas a comer. Hoy no te has ganao la comida. ¿Piensas que hay que seguí mantenéndote? Yo a tu edad ya me ganaba el pan que me comía. Gastas el tiempo con ese maestrillo y luego no ties tiempo pa ayudar en casa.

Padre te empujó hacia un rincón y allí te sentó sobre unas cajas de cervezas vacías. No entendía que aquellos escombros estaban agotados; que lo que hubiese de valor ya se había sacao, que había que ir hacia otros lugares más lejanos a buscar chatarra. Tampoco entendía que los residuos estaban cada vez más controlados por las grandes empresas de reciclaje y que había que buscarse la vida de otra forma.

Madre no se atrevió a contradecir la orden mientras estuviera presente, porque sabía que lo que dijera en aquellos momentos sería inútil. Esperaba su marcha pa poder darte algo de comida.

Pasados los primeros momentos, te levantaste y saliste a dar una vuelta por el poblao. Fuiste sin rumbo fijo y con más resignación que rabia. Cuando pasaste por la parte trasera de una de las chabolas, encontraste a, *El Rubio*, que estaba con un grupo de amigos.

–Manolo, acércate. Parece que ties mala cara.

–Na, mi viejo, que tie un genio endemoniao. Se pasa todo el día abrazao a la botella y quiere que los demás le hagan el trabajo. Achaca al reuma todos sus males, pero pa mi que el vino es el causante de to. Luego, con dormirla ya tie bastante.

–Olvídate de él como hacemos nosotros. Cuando te vas a dar cuenta que nuestros viejos no nos hacen falta pa na, que bastante tien con salir ellos palante; que no es poco. Si quieres salir del agujero ya sabes lo que ties que hacer. La venta está asegurá y no hace falta que te chutes, pero si te decides..., te sale más barato. Piénsatelo. ¡Olvídate del viejo!

–Gracias Rubio, pero prefiero pasar. Ya sabes como ha acabao mi hermano; yo no quiero seguir el mismo camino. Además, tengo que pensar en mi madre, que bastantes

penas tiene. Ella trabaja to el día y aguanta en silencio lo que le echen, pero por las noche llora con frecuencia y eso... me parte el alma.

Seguiste dando vueltas sin rumbo fijo; sólo querías que el tiempo pasará rápido para volver a casa y comer algo. Se te iba la cabeza y la tos volvía de cuando en cuando, por eso te paraste, cerraste los ojos y te llevaste la mano a la cabeza porque creías que se te iba a caer al suelo. El ruido de un motor te hizo abrir los párpados y levantar la mirada. Viste cómo se acercaba aquel coche grande y negro que aparecía en el poblado dos veces por semana; se apostaba junto la chabola del *Maño* para hacer las ventas. No supiste si fue por el fuerte dolor de cabeza, o porque ese día el coche era más escandaloso que de costumbre, pero la sangre comenzó a martillar tus sienes y percibiste al automóvil como un monstruo aterrador de ojos saltones y lengua de fuego; muy parecido a los que habías visto en algunos tebeos. Mientras tu cabeza seguía dando más vueltas que una noria, algunos hombres se fueron agrupando alrededor del coche.

Cuando volviste a casa no estaba padre y le contaste a madre la conversación que habías mantenido con *El Rubio* y la propuesta que te hizo.

–Has hecho mu bien hijo, ya tenemos bastante con lo que le ha pasao a tu hermano. Tu ties que salir de aquí como sea, no te dejes arrastrar. Casi tos caen y *El Rubio* caerá; tarde o temprano caerá. Todavía está limpio, pero ya veremos si aguanta. ¡Anda!, cóme algo, que ties mu mala cara –te dijo.

Comiste con apetito el puré de patata y el chorizo frito, pero nada más terminar las viandas tus tripas se retorcieron y la cabeza comenzó a darte vueltas mientras tu vista se iba nublando. Madre se dio cuenta que ibas perdiendo el color y que tus ojos se extraviaban: “¡Hijo!, ¿qué te pasa?”, dijo. Pero tú no pudiste contestarla. Tu cara iba quedándose cada vez más blanca; parecía que la sangre hubiese huido de tus venas. Madre te dejó tendido en la cama y salió a pedir ayuda. Encontró al *Rubio* y de él tiro.

–Vamos, *Rubio*, que Manolo sa puesto mu malito. Ties que ayudarme.

–No se preocupe, seña María, que voy volando por el coche del *Tato* y nos llevamos a Manolo pa que le curen.

–No tardes, que le veo mu mal.

El Rubio volvió rápidamente con aquel coche desvencijado, sin cristales y con más abolladuras que un juguete de feria. Partisteis para el ambulatorio más cercano y, en pocos minutos, estuvisteis en la puerta pidiendo paso. Madre te llevaba agarrado por la cintura con gran dificultad y tú ibas totalmente inconsciente. Se acercó a la señorita que estaba en recepción y pidió ayuda.

–Mi Manolo está mu malito, señora. Necesita que le vea un médico. Ya no abre los ojos y está más blanco que un muerto. To ha sido de repente.

–La cartilla, señora. La cartilla del seguro.

–¿Qué cartilla? No tengo ninguna cartilla, pero mi hijo está mal y le tien que atender.

–Lo siento, yo tengo que cumplir las normas y no puedo dar paso para atención médica sin la previa presentación de cartilla. Aquí todos están enfermos; nadie viene por gusto.

–¡Y yo! ¿Cree Ud. que yo vengo por gusto? ¿No ve cómo traigo a mi Manolo?

–Espere que llame a la enfermera jefe y ella dirá lo que se puede hacer.

Algunas personas comenzaron a impacientarse.

–¿Qué pasa?, que todos tenemos prisa –murmuraron algunos.

–Pero no ve que el chico está mal –dijo un señor calvo y regordete.

Ante el guirigay que se formó, salió la enfermera jefe y, después de hablar amablemente con madre, le hizo retirarse mientras calmaba a los impacientes pacientes que aguardaban. Os dio un volante a la vez que os indicaba el camino del hospital provincial; dijo que allí os atenderían sin ningún problema: “Señora, aquí no contamos con urgencias y su hijo puede necesitar más ayuda de la que podamos prestarle aquí”.

Os metisteis en el destartalado coche, *El Rubio* lo puso a tope y llegasteis al hospital en pocos minutos. Y en urgencias, una llamada desde recepción fue la causante

de que una camilla móvil apareciese. Tu cuerpo fue puesto sobre ella y el celador la hizo circular por aquellos largos pasillos hasta llegar a una sala amplia y silenciosa donde las puertas simétricas rompían las paredes. El hombre se dirigió a la primera puerta de la derecha y entró, pero a madre y al *Rubio* les indicaron que esperasen en una salita: era blanca y fría. *El Rubio*, viendo la gran angustia que mostraba madre, trató de tranquilizarla.

–No se preocupe, verá que pronto nos ponen bueno al Manolo. Aquí hay de tos los adelantos, además él es un chico fuerte.

–Dios te oiga, *Rubio*, que muchas veces pienso que, por mucho que lo digan, dios no es pa los pobres. Tengo un hijo en la cárcel y otro se murió de pequeño, y el padre de Manolo me causa más penas que alegrías. Pa que contarte, hijo, que tu sabes mu bien mi vida. Mi chico es listo como el hambre y más bueno que el pan y no pue ser que le pase na malo; no se lo merece.

Las horas pasaban con angustiosa lentitud y nadie salía a dar noticias tuyas. Madre se desesperaba y su alma se iba llenando de espinas. No podía aguantar más penas, y por eso quería pensar que te iban a curar. Aquel reloj marcaba las once de la noche y la angustia comenzó a invadirla. Sólo le quedaba el consuelo de sus recuerdos para no dejarse arrastrar por la desesperación. Sentía necesidad de rescatar los recuerdos bonitos de su vida, aunque fuesen pocos.

Retrocedió en el tiempo hasta ver al bebe que fuiste: el más guapo de todos, según ella. Viniste al mundo cuando habían pasado dos años de la muerte de nuestro hermano y calmaste el dolor que en madre dejó el hijo perdido. Por aquel entonces, padre sacaba mejores tajadas de la busca. Yo tenía diez años y según madre, era un niño encantador, algo feúcho, pero cariñoso y amable con todo el mundo. En aquellos momentos, nada hacía pensar que fuese a dar con mis huesos en la cárcel. Hacíamos las delicias de madre: esa fue la etapa más feliz de su vida. Algo más tarde, vino a este mundo Quique. Por esas fechas padre ya le había cogido demasiada afición a la bebida y ésta tuvo que compartir cuerpo con su reuma; ambas se agarraron a él como una

lapa. Creciste sin enfermedades que te dejaran secuelas. Madre siempre pensó que saldrías de allí, que no te dejarías atrapar por el poblao. Decía que eras el más sensato de todos. Los siguientes recuerdos le llegaron desordenados. Por más que la voluntad de madre quería apartarlos, se iban imponiendo aquellos que no quería recordar: cuando yo comencé con la droga, cuando comenzaron las mentiras y los robos, cuando se presentó la policía pa llevarme a la comisaría. Al final, se dejó vencer por el dolor de los recuerdos más crueles y por el cansancio. Sus ojos se cerraron y la cabeza se le fue venciendo hacia un lado.

–Seña María, que ya salen –dijo *El Rubio* moviendo cariñosamente los hombros de madre.

Una enfermera salió apresurada del quirófano. No se detuvo cuando preguntaron por ti. Sólo un: “Espere un momento”, mientras seguía andando. La enfermera volvió con dos médicos y entraron en la sala donde te atendían; ya se notaba la presencia de la muerte.

Madre y *El Rubio* estaban cada vez más preocupados. Nada más angustiados, después de tanto tiempo, que no saber nada. La primera salida de la enfermera sin dar ninguna explicación y aquella entrada tan precipitada de los médicos no ayudaban a alejar la incertidumbre. Seguían mirando el reloj constantemente y cada minuto les parecía eterno. Por fin, cuando las manillas marcaban las doce, aquella puerta se abrió y los médicos fueron saliendo. Madre les vio avanzar lentos y silenciosos; aunque la distancia que les separaba no era mucha, a ella se le antojó larguísima. Los ojos de un médico se clavaron en los de ella.

–Lo sentimos. Hemos hecho todo lo posible por salvarle, pero un virus desconocido ha podido con la vida del chico. Tenía las defensas muy bajas. Puede que si le hubieran traído antes.

Madre sintió que algo se rompía en sus entrañas y cayó al suelo. No supo el tiempo que pasó. Tampoco se dio cuenta cuando la llevaron a otra salita. Con gran dificultad, le hicieron tomar una medicina y fue recobrando el sentido. Pidió verte, pero le dijeron

que volviese por la mañana: “No está en condiciones y no es bueno que se quede aquí después de la tensión de las últimas horas”.

–Seña María, nadie sabe na de to esto. Debemos ir a casa. Después volvemos – dijo *El Rubio* mientras la agarraba por los hombros y se dirigían hacia la puerta.

Puede que por efecto de la medicina, madre se dejó arrastrar hacia la salida sin la menor resistencia. Estaba como ida. *El Rubio* la condujo hasta el coche y ella se dejó caer sobre el asiento como un fardo. Oyó el ruido del motor y fue arrugándose en el asiento.

Cuando llegaron al poblao, fueron a casa de *La Florista* para recoger a Quique. Una vez dentro, madre la miró fijamente y dijo:

–Rosa, necesito un ramo de flores mu bonito. El más bonito del mundo. Es pa mi Manolo que nos ha dejao. Que se ha ido de esta vida perra. A lo mejor allí está mejor, pero me duele que me lo hayan arrancao sin pedirme permiso. Parimos a los hijos para to menos pa nosotras. La vida y la muerte nos los roban; las dos se unen para que nuestro sufrimiento nunca acabe.

Quique corrió hacia madre. Se agarró a su falda, como de costumbre, y ella lo abrazó rabiosamente contra su vientre.

Cuando volvió a la chabola, *El Chatarrero* estaba dormido. Junto a él, la botella de vino vacía: “El mejor remedio pa olvidar esta miserable vida, como tú dices”, dijo en voz alta, aunque sabía que él no la escuchaba.

Una celda de la cárcel de Alcalá- Meco estaba vacía. El preso murió de forma inesperada y habían mandado desinfectarla. Extrañados, al no verle en la lavandería, fueron a su celda sobre las once de la mañana. Le encontraron moribundo, aunque una gran sonrisa se dibujaba en su rostro. No pudieron hacer nada por él.

La noticia llegó a la familia sin ningún preámbulo: horas más tarde remitirían el cadáver. ¡Qué golpes da la vida! Con un intervalo de cuarenta horas, en aquella chabola se velaron dos muertos.

El diario de Amsterdam

Llegué a Amsterdam a las 22:00 horas, procedente de Roma. En el hotel *La Haya* me esperaba una habitación que habían reservado desde la oficina central del laboratorio. A pesar de que el aeropuerto estaba en la periferia de la ciudad, el taxista puso su coche a tope y tardó siete minutos en dejarme en la puerta del hotel. Entré y me dirigí a recepción para solicitar la tarjeta de mi habitación.

—¿Rahom Tabucchi? Sí, efectivamente. Tiene reservada la habitación 105 —dijo el recepcionista mientras me alargaba la brillante tarjeta magnética de acceso. Cuando abrí la puerta todas las luces se encendieron: una central en el techo y cuatro en los laterales. Aquella luminosidad me permitió comprobar que la habitación estaba decorada con un gusto exquisito. La armonía que reinaba entre los muebles y la tapicería daba a la habitación un cierto aire antiguo. No se parecía a las de otros hoteles; eran tan anodinas que no invitaban a permanecer más tiempo del imprescindible. A pesar de todo, el calor comenzó a agobiarme y el aire se me hizo necesario. Abrí las ventanas y la brisa de la cálida noche inundó la habitación; el firmamento plagado de estrellas y las luces artificiales colaboraban para hacer más luminosa la ciudad. Gracias a esa fiesta de luz, pude visualizar la hermosa torre, aunque un tanto deteriorada, de una iglesia barroca; estuve recreándome en su contemplación durante un tiempo.

El viaje había sido corto, pero lo precipitado de éste había acumulado cierta tensión en mi cuerpo. Dejé las maletas encima de la cama y me dirigí al baño para refrescarme un poco; unos minutos bajo la ducha de hidromasaje me dejaron nuevo.

Había traído poca ropa porque las gestiones que debía realizar en el Congreso no iban a llevarme más de dos o tres días: tres camisas, un traje, ropa interior, los imprescindibles utensilios de aseo. Me dispuse a guardar lo más delicado del vestuario en el armario para mantenerlo en las mejores condiciones; el resto lo dejé en la maleta, pero saqué los periódicos que había comprado en el aeropuerto de Roma y los folletos que me habían facilitado en mi habitual agencia de viajes. Los esparcí por la cama y me vestí para bajar a comer algo en el restaurante del hotel.

El comedor estaba poco concurrido. Me dirigí a una mesita que estaba preparada para dos comensales junto a una ventana y me senté. Esperé a que algún camarero apareciese de un momento a otro. La espera sirvió para fijar mi atención en los pocos comensales que había: dos parejas de mediana edad, en una mesa del fondo, charlaban y reían animadamente y, en el otro extremo, una joven pareja se comían con la miraba mientras degustaban la comida. También tuve ocasión de ver las maravillosas vistas que se apreciaban desde mi mesa. En dicha contemplación estaba, cuando un mesero se acercó para preguntarme lo que iba a tomar; una vez que anotó mis peticiones, desapareció entre una puerta oscilante. Al poco tiempo, volvió con una sopera humeante y una pequeña bandeja plateada que dejó sobre la mesa: “Buen provecho”, me dijo, después de echar un poco de sopa en mi plato. Aunque no tenía costumbre de tomar café a esas horas, cuando el camarero volvió para retirar el servicio lo pedí. No sentía la menor preocupación por desvelarme, pues mi presentación en el Congreso Médico era a las once de la mañana. Por otra parte, pensaba dar una vuelta por los alrededores del hotel antes de retirarme a dormir.

La cálida noche invitaba a pasear. Me dirigí a, lo que parecía, la avenida principal de aquella zona. Un gran paseo con farolas de hierro forjado permitían ver las zonas ajardinadas de los extremos; la policromía de las flores formaban un maravilloso mosaico vegetal. A pesar de que no era demasiado tarde y que la magnífica noche era un aliciente más para pasear, las calles no estaban demasiado concurridas.

Después de haber recorrido los alrededores, decidí volver al hotel con la firme decisión de dormir, pero ocurrió algo inesperado que iba a cambiar mis planes. Al doblar una de las calles más cercanas al hotel, bastante estrecha por cierto, me tropecé con un ser muy extraño que estaba tendido en el suelo. Al principio pensé que era un vagabundo que estaba descansando, mas el maletín negro que había junto a él me hizo cambiar de idea. Aquello suscitó mi curiosidad y me aproximé al cuerpo para comprobar la verdadera situación de aquel estrambótico individuo; desde luego, no se correspondía con los parámetros de los rahoms habituales. Fue entonces cuando me percaté de que había algo coincidente entre nosotros: nuestra larga cabellera. Su cabeza estaba cubierta de sangre a la vez que descansaba sobre el asfalto. El interés que produjo en mí aquel hecho pudo más que la necesaria prudencia que debía darse en estos casos. Me agaché y le cogí la mano para tomarle el pulso; estaba muerto. Instintivamente, mire hacia arriba y vi una ventana abierta en la tercera planta del edificio que tenía a mi espalda. Aquel hecho y el cuerpo sin vida de aquel individuo me hicieron reconstruir en un instante lo que podía haber sucedido. De nuevo, la curiosidad me dominó, aunque antes comprobé que no había nadie por los alrededores. Abrí el maletín negro, vi unas deslumbrantes joyas y un libro de tapas gastadas. Tomé el texto y lo paginé rápidamente. Comprobé que faltaban bastantes hojas y que se iban intercalando grandes espacios de residuos de páginas pegadas con otras enteras perfectamente legibles. Reconozco que, lo que parecía un diario, me produjo una gran fascinación, tanta que me hizo olvidar el resto de la mercancía. Una poderosa tentación comenzó a adueñarse de mí y no quise luchar contra ella. Tomé aquel librito y me alejé del lugar con la intención de dar cuenta del suceso al recepcionista del hotel: él haría los trámites que estimase más oportunos.

Nada más comunicarle el acontecimiento, me dirigí a mi habitación con el imperioso deseo de ponerme a husmear en el interior del diario. Cambié la ropa de calle por la de dormir. El pijama a duras penas contenía mi cola que pugnaba por abrirse camino entre la fina tela para salir al exterior. Tuve que acomodarla para tenderme en la cama.

La invasión de las ratas

23 de enero del año 2.013

Los nutridos cubos de basura de las ciudades son uno de los mejores criaderos de ratas. Esta especie se ha ido extendido de forma espectacular por todas partes, y creo que ha sido al calor de las cantidades ingentes de desperdicios que estamos produciendo. Se ha ido gestado un ambiente muy favorable que propicia la reproducción de una de las especies más numerosas de la tierra. En cada uno de los diferentes ambientes, han desarrollado formas y defensas específicas que han garantizado su supervivencia. No hay que olvidar que es una especie muy antiguas, mucho más que la humana. Es un animal muy fuerte que ha sobrevivido a catástrofes donde otras especies se han extinguido. Éstas perduran gracias a su capacidad de adaptación y a su alta reproducción.

Las grandes urbes generan deshechos de toda índole, y llamadas por el olor que se concentra en los contenedores de basura, las ratas fluyen vertiginosamente de las alcantarillas para reponer fuerzas. Por tanto, la proliferación de ratas está garantizada. Por las noches, y antes de que el servicio de retirar basuras aparezca, observo como multitud de ratas se apresuran a retirar su ración de comida. También van adelantando el horario de salida de las alcantarillas, pero este dato no es constante; parecen estar en proceso de experimentación. Los cubos siempre están a rebosar y las bolsas que se acumulan en el suelo favorecen el trabajo de estos roedores. Esos desperdicios son los primeros en ser asaltados y, a veces, son suficientes para el abastecimiento de grandes grupos, pero si no es así, saltan a los contenedores, parecen un ejército muy bien adiestrado.

Después de la lectura de estas páginas hay algunas hojas arrancadas y dos en blanco, aunque a continuación hay más anotaciones. Sigo leyendo.

10 de diciembre del año 2.016

Las ratas están cada vez más abastecidas, más robustas. Todo parece indicar que se está produciendo una mutación genética, porque se observa (no soy el único) que se están operando cambios importantes en su morfología. Sus rabos se han acortado considerablemente, la cabeza y los ojos se han agrandado, el acusado prognatismo que antes tenían se ha ido suavizando y cada vez están más erguidas sobre sus patas posteriores, aunque alternan ambas formas de andar. Aspecto muy importante ya que nos permite ver su tamaño real.

Esta especie tiene que mantenerse en constante alerta porque si pasan demasiado tiempo en el interior de los cubos de basura, los trabajadores de la limpieza pueden acabar con ellas: es cuestión de supervivencia. Saben que los camiones suben los contenedores en unos instantes y todo lo que contenga su interior será triturado en un santiamén. A través de mi observación, he podido constatar que reconocen a la perfección el chirriar de los camiones; sonido que la especie parece identificar, a tenor de la espantada que dan, con el grito de la muerte. Sin duda alguna, muchas ratas han debido caer en sus fauces metálicas, por consiguiente, se han vuelto más prudentes. Hasta tal punto llega su precaución, que van acompañadas de un instruido grupo de vigilantes que les anuncia la llegada de los camiones. Es evidente que están aprendiendo de la experiencia acumulada; saben que si no quieren convertirse en un desecho más deben huir a toda prisa.

12 de mayo del año 2.017

El instinto de supervivencia ha funcionado a la perfección. Al parecer, las ratas urbanas obedecen consignas porque han establecido una estrategia comunitaria para impedir ser arrojadas como el restos de los desperdicios: salir más pronto de las

alcantarillas. Indudablemente, la elaboración de nuevas pautas de comportamiento les ha costado algún tiempo y muchas muertes, pero parece claro que se han percatado del peligro y han puesto sus dispositivos en alerta para preservar a la especie de muertes masivas.

Hay gran cantidad de hojas arrancadas y observo que, al continuar la lectura, hay un gran salto cronológico en las fechas. Esto me hace retroceder para comprobar el anterior corte. Efectivamente, también había un salto significativo de tres años en las fechas al reanudar la lectura, aunque en esta ocasión es mayor.

2 de septiembre del año 2.020

Las ratas están dando respuestas variadas para contrarrestar los diferentes peligros que se van presentando, y dicha actitud les está sirviendo para ir mejorando la especie y garantizar su presencia en la totalidad del planeta. En las urbes, y en pocos años, han logrado triplicar su tamaño, han realizado significativos cambios morfológicos, además de haber adquirido una lustrosa piel.

Llegado a este punto, parece que el aumento de tamaño ha comenzado a tener complicaciones. Se observa que tienen serios obstáculos para salir y retornar por las rejillas de las alcantarillas como venían haciéndolo, sobre todo los individuos de mayor tamaño. Sólo pueden hacerlo por alguna cloaca que, por despiste, se haya quedado abierta, o por alguna tubería que tenga salida a los desagües generales, pero esto último conlleva un mayor recorrido del que realizan saliendo por las alcantarillas más cercanas. Vamos a ver si son capaces de resolver este nuevo problema.

23 de noviembre del año 2.021

La especie está reduciendo su presencia en la ciudad. No cabe duda que la nueva situación significando un gran problema para estos roedores. No sabemos si serán

capaces de resolverlo, o por el contrario, constituirá un serio contratiempo para su supervivencia. Todavía es pronto para saber si el aumento de tamaño tendrá alguna consecuencia.

Todo lo que observo está ocurriendo en la mayoría de las grandes ciudades del planeta. A través de internet he podido comprobar que otras personas y grupos permanecen a la expectativa desde diferentes observatorios del mundo. Hemos creado una asociación de observadores y a través de la red estamos al corriente de cualquier detalle que se observa. No todos estamos de acuerdo en que darán una respuesta acertada ante el cambio experimentado y las nuevas dificultades que deben superar. Algunos piensan que se producirá una disminución de la especie al no poder abastecerse con la misma facilidad de antes. Yo soy de los que piensan que darán una respuesta; que tardarán más o menos tiempo en darla, pero que resolverán el problema planteado. Todos sabemos que el subsuelo de las ciudades están minados con grandes y largos túneles, hábitat tradicional en las ciudades de estos roedores; también sabemos que su número es mucho mayor que la especie humana, por dicho motivo pueden permitirse el lujo de perder muchos efectivos antes de elaborar una respuesta adecuada, pero de ahí a su desaparición como especie va un abismo.

2 de enero del año 2.022

Vengo observando que algunas rejillas del alcantarillado son levantadas por estos roedores y, nuevamente, las ratas comienzan a hacer su aparición de forma masiva. Están teniendo éxito en bastantes zonas, pero todavía no lo han conseguido de forma generalizada. Sospecho que si no lo han logrado en todos los lugares es porque el peso del enrejado es mayor, ya que hubo varios concesionarios en la instalación y los materiales pueden haber variado. La Administración ha confirmado mis sospechas. La televisión ha explicado que los materiales empleados no han sido los mismos, y que en algunos enrejados no se ha empleado hierro sino una aleación menos pesada; por

supuesto, las ratas hacen sus salidas por aquellos sitios que han presentado menor dificultad, aunque para eso hayan tenido que desplazarse hacia puntos concretos. Se constata que no han desistido de experimentar en aquellos lugares que no han obtenido el éxito esperado, por el contrario, están concentrando una mayor fuerza comunitaria.

Es la tercera vez que me encuentro con bastantes hojas arrancadas y con un gran salto cronológico en las anotaciones. Aclarado esto, sigo leyendo.

23 de mayo del año 2.026

Finalmente, las ratas han logrado salir por todas las alcantarillas. Las dificultades presentadas han requerido un mayor esfuerzo de atención, y se observa que en las ciudades están comenzando a desarrollar una ejemplar disciplina en la distribución del espacio. Creo que están elaborando una respuesta inteligente para evitar enfrentamientos entre sus propia especie. Puede que su instinto les aconseje no dividir sus fuerzas y, por ello, procuran no extenderse hacia espacios ajenos, pero si por necesidades extremas se contempla esa posibilidad, antes hacen exploraciones para ver qué pasa. Sólo cuando constatan que no hay peligro, se expanden hacia otras zonas.

Como las rejillas han dejado de ser un obstáculo, la salida a la superficie se está realizando con gran facilidad. Su presencia está alarmando a la población.

Observamos que el tamaño de la especie está aumentando considerablemente. Al principio pensamos que se trataba de algún grupo específico, pero después comprobamos que su actual tamaño está generalizado en toda la población de ratas de las ciudades. La alarma crece y las autoridades están comenzando a fumigar las cloacas de las zonas urbanas. Esperan obtener resultados favorables en la lucha contra esta especie.

12 de diciembre del año 2.027

Las consecuencias que se esperaban de las fumigaciones sólo han sido efectivas durante un corto espacio de tiempo. Al principio, hicieron cierto efecto y la mortalidad entre la especie aumentó. Se encontraron muchos cadáveres en las salidas de los desagües y zonas cercanas durante las primeras semanas, pero poco después dejaron de verse. Esto nos llevaba a dos conclusiones: o habían muerto todas en el interior de los túneles, o habían huido hacia otras zonas. No tardemos mucho tiempo en darnos cuenta que estábamos equivocados.

Observamos que algunas volvían a salir a la superficie. Es evidente que han sufrido muchas bajas, aunque parece que se están recuperando. Por el momento, no se sabe el efecto real de las fumigaciones, pero algunos científicos comienzan a establecer hipótesis sobre las consecuencias de éstas. Argumentan que sólo han muerto un pequeño porcentaje; que dada su fortaleza y su hábitat tradicional, es probable que, en la mayoría de los casos, sólo hayan sufrido fuertes mareos durante algún tiempo y que ya recuperadas del impacto estén elaborando nuevas pautas de comportamiento. También es posible que su organismo esté desarrollando nuevos mecanismos de defensa. Cierto es, que se ha reducido la presencia de estos animales en las ciudades, pero no han desaparecido.

En esta ocasión hay un salto de fechas importante, aunque no observo hojas arrancadas.

27 de noviembre del año 2.029

Después de confirmarse la hipótesis de los mareos, la situación se estabilizó durante unos años. El apresamiento de varios individuos ha permitido el estudio del espécimen. Se ha constatado que han desarrollado nuevos mecanismos de defensa; que su organismo presentó batalla a los agentes tóxicos y, que una vez combatidos, dichas sustancias han formado anticuerpos. La consecuencia final es que se han hecho más fuertes ante los agentes del exterior.

Las ratas vuelvan a ser muy numerosas y siguen visitando las ciudades como si nada les hubiese pasado. Al comprobar que la mortalidad no ha sido excesiva, la población muestra síntomas de alarma. Todo parece indicar que la alta reproducción sigue asegurando la presencia de la especie en las ciudades.

Visto lo visto, y como la presencia de la especie sigue en aumento, las autoridades competentes han decidido sustituir las rejillas por planchas de acero sin aberturas y sujetas a ambos extremos con fuertes argollas. La Administración piensa que dicha decisión zanjará el problema definitivamente: si no pueden acabar con ellas, al menos impedirán que suban a la superficie. Confinadas en los subterráneos es posible que al no tener suficiente alimento se devoren entre ellas. Las autoridades no parecen dispuestas a que las ratas ganen la batalla a los humanos; no pueden permitir que se instalen en la superficie de las ciudades con tanta tranquilidad. Todo indica que se está estableciendo una guerra entre las dos especies y que las ratas se enfrentan a un nuevo reto. Deberán dar una nueva respuesta, o sucumbir.

3 de enero del año 2.030

Durante unos meses, las ratas han desaparecido del paisaje urbano. Yo creo que es algo provisional y mientras experimentan estrategias nuevas. Si han sobrevivido a los efectos tóxicos de las fumigaciones, podrán salvar nuevos obstáculos; sólo hay que esperar. Si no se les permite acceder a la comida que ofrecen las ciudades, pueden emigrar hacia otros lugares. Si se deciden por esta solución, tendrán que hacerlo antes de que comiencen a disminuir sus efectivos.

18 de mayo del año 2030

Se viene observando que grupos de ratas adultas salen por los desagües de la periferia y vuelven con alimento que consiguen de las zonas más cercanas. Se las ve por

los campos que rodean las ciudades en grandes agrupaciones; todo hace suponer que son las encargadas de llevar alimentos a los individuos más débiles. Indudablemente, han aprendido nuevas pautas de comportamiento.

Es cierto que las ciudades están mucho más tranquilas. Las autoridades están convencidas de que las ratas urbanas han sufrido pérdidas importantes en su población, que están controladas en los bajos fondos y que cuando salen, lo hacen por la periferia y se adentran en los campos. Su presencia ha dejado de ser habitual en los contenedores de basura; sólo se dejan ver de cuando en cuando y en grupos muy reducidos. Las diferentes administraciones piensan que las medidas adoptadas ha sido exitosas, pero las agrupaciones de la periferia mantienen en alerta constante a la Administración. Se está experimentando con diversas sustancias para seguir fumigando la alcantarillas, pero los más prudentes aconsejan cautela por las consecuencias que puedan derivarse para la especie humana

Las ratas también han resuelto la situación, pero no sabemos si definitivamente o nos sorprenderan con alguna iniciativa nueva. Sabemos que grupos de roedores están alimentando al resto, que salen desde las periferias y regresan con alimento. También hemos observado que las salidas a otros hábitat y en rivalidad con depredadores está causando algunas bajas en la especie.

12 de marzo del año 2.031

¡Efectivamente! Las ratas nos sorprenden de nuevo. Por los desagües están saliendo grandes masas de roedores y se dirigen a las ciudades. Desde cualquier edificio se puede contemplar como largas y anchas hileras de ratas se acercan hasta las zonas más céntricas. ¡Es impresionante!, parece un desfile militar. Hemos comprobado, unos con más sorpresa que otros, como se han ido instalando en las ciudades y a cielo

abierto. Parece un claro desafío a los humanos. Para garantizar la salud y la estabilidad, la Administración ha decidido acometer planes de defensa.

Hay brigadas militares por todas partes. Se establecen redadas continuas con armas de fuego. Comienzan a contabilizarse algunas víctimas, pero no las esperadas, pues a pesar del gran tamaño que han adquirido, su rapidez en la huida les permite desaparecer del lugar. Cuando el momento lo requiere, se esconden en infinidad de lugares: en casa abandonadas, en montículos, en escombros y basureros de la periferia.

10 de septiembre del año 2.032

La nueva situación no ha durado mucho tiempo, ya que las ratas han presentado batalla. Han perdido el temor y se lanza en manadas contra los militares que disparan: acaban con ellos a mordiscos, o les dejan mal heridos. Ahora se dejan ver por todos los espacios urbanos. Comprobamos como pasean con total tranquilidad por todas partes: al cruzar un semáforo, en las calles concurridas, en los parques, en las terrazas, en los comercios, en las orillas de los ríos. Siguen reproduciéndose con facilidad, pues la demografía de la especie ha aumentado en las ciudades.

Las autoridades, sumamente preocupadas, comienzan a estudiar nuevos planes de defensa. Es evidente que el ejército no ha solucionado la situación. Las ofensivas realizadas no se han tenido el éxito esperado, que las bajas han sido mínimas. Por el contrario, se han contabilizado numerosos heridos civiles en las escaramuzas y varias bajas militares. La Administración está desconcertada y no se atreve a adoptar ninguna medida extrema. Todo parece indicar que las adversidades están haciendo cada vez más fuertes a los roedores. Es cierto, los tenemos por todas partes. De nada han servido las grandes fumigaciones, el haber taponado las salidas que frecuentaban, ni la intervención de los militares en las zonas urbanas. Asombrosamente, han sobrevivido. Hasta el momento, han resuelto todos los obstáculos que se les han presentado y,

además, se están fortaleciendo. ¿Qué hacer? Esa es la pregunta que nos hacemos todos, sobre todo las autoridades civiles y militares.

5 de enero del año 2.033

La Administración ha decidido observar y mantener la calma. Hay que tranquilizar a la población y para ello utilizan todos los medios de comunicación. Dan normas sobre las prevenciones que se deben tener con estos animales. Todo indica que si no se les ataca no parecen peligrosos. En realidad, hasta el momento no se ha producido ninguna agresión, con excepción de las realizadas contra los militares. Por otra parte, no se ha presentado ninguna enfermedad que pudiera achacarse a las ratas.

Una patrulla de observadores, convenientemente protegidos, están recorriendo las calles para estudiar el comportamiento de la especie. Durante el tiempo que ha durado esta medida no ha ocurrido nada que pueda alarmarnos. Por el contrario, se ha podido comprobar que las ratas se han vuelto muy civilizadas, incluso ya no se lanzan precipitadamente sobre los cubos de basura como antes hacían. Yo creo que todos los contratiempos que han tenido que superar han desarrollado en ellas nuevas cualidades. Es increíble, pero cierto es que se muestran relajadas y con una gran seguridad. Se dirigen a los lugares de abastecimiento con gran disciplina, y a la misma hora todos los días. Forman grandes círculos alrededor de los contenedores y, con una finura extraordinaria, comienzan a desenvolver las bolsas que están en el suelo, tomando de ellas lo necesario, y, sólo, si éstas no abastecen suficientemente sus necesidades, se adentran en los contenedores. Cuando se cruzan con cualquier humano se quedan paradas para no dar sensación de peligrosidad.

8 de agosto del año 2.034

La presencia masiva de ratas ha tenido una clara consecuencia: que las toneladas de basura generadas en las ciudades han bajado considerablemente. Es una cuestión de lógica, pues todos sabemos que cuanto mayor peso tiene un animal, mayor proporción de comida necesita. Si a esto añadimos, que la población de roedores ha crecido, el resto se explica por sí sólo. Así pues, la invasión de ratas, lejos de presentar grandes problemas, ha comenzado a resolver el problema de los residuos urbanos; asunto que ya estaba causando serios problemas.

No se observan situaciones que den argumentos sólidos para mantener un estado de inquietud permanente. La alarma de años anteriores, ha dado paso a la resignación. Yo creo que la población, en general, se está haciendo a la idea de tener que acostumbrarse a su presencia. Incluso, algunos llegan a verlas graciosas. Los medios de comunicación están realizando programas para dar a conocer los efectos positivos que están causando sobre las ciudades. Los mensajes alarmistas que antes alertaban a la población se tornaron en tiernas llamadas a la tranquilidad y convivencia.

De nuevo, observo un gran salto cronológico, a pesar de que tan sólo existe una hoja arrancada. Puede ser que el autor estuviese algunos años sin hacer anotaciones porque no hubiese nada significativo que mencionar.

12 de octubre del año 2.039

La Comunidad Científica está evaluando la compleja situación. Según todos los datos que se manejan, se ha producido una mutación genética favorable en las ratas. Todo indica que es una especie en estado de evolución positiva, pues se estima que el desarrollo constante de la cabeza es un claro síntoma de los cambios substanciales que se están operando en sus cerebros, como antes ocurriese en los antecesores del Homo Sapiens. Lo que deja asombrada a la comunidad científica es la rapidez con que se efectúan dichos cambios.

Ante dichas conclusiones, los políticos barajan dos soluciones: establecer una guerra sin cuartel a escala mundial contra la especie que puede suponer un peligro de competitividad, o la coexistencia pacífica con ella, estableciendo, eso sí, las debidas precauciones. Ante la disyuntiva que se plantea, las opiniones están claramente divididas. Algunos países estiman que hay que seguir con una política de exterminio para impedir su reproducción y, por tanto, el aumento demográfico de la especie. Consideran que el hecho de que ahora se muestren pacíficas no supone que vayan a serlo indefinidamente; incluso podrían manifestar otras facetas desconocidas hasta el momento. Los partidarios de la coexistencia consideran que ya se cuenta con bastantes problemas y rivalidades entre los humanos, cómo para abrir otro frente más contra los roedores.

Al terminar esta anotación, hay un gran número de hojas arrancadas y un salto cronológico de cuatro años.

4 de diciembre del año 2.043

Las diferentes consideraciones siguen dándose, y como en los últimos años no se han producido hechos que hagan pensar que la situación pueda deteriorarse de forma inmediata, las soluciones se demoran constantemente; se van atendiendo otros asuntos que, por su gravedad, requieren una respuesta urgente.

Mientras esto sucede, los roedores van expandiendo ya que su reproducción es muy superior a la de los humanos. No hay que olvidar que su periodo de gestación es menor y las camadas son más generosas; si a estos aspectos sumamos que han logrado una mayor longevidad, podemos entender el predominio demográfico de esta especie sobre el planeta.

Por otro lado, las guerras periódicas entre los humanos es una constante. Se están produciendo grandes hambrunas en numerosas poblaciones del mundo. Los numerosos accidentes de automóviles y las catástrofes naturales, o inducidas están causando bajas

considerables en la población mundial. Por otro lado, la capacidad de respuesta ante los grandes problemas está disminuyendo en proporción inversa al aumento de las mismas. Parece que el cerebro humano estuviera sufriendo una regresión.

23 de marzo del año 2.045

La población de ratas sigue aumentando. Que cada vez es más frecuente verlas en todos los lugares sin excepción alguna. Incluso se dejan ver por las administraciones públicas. Hay que decir, que primero han sido agentes pasivos, pero más tarde han comenzado a mirar archivos y libros. Husmean documentos de toda índole con gran avidez; los miran, una y otra vez, como si trataran de entender su contenido. Esta actitud está desconcertando a los humanos. Decididamente, se ha establecido una nueva relación entre los papeles y la especie. Antes no les servía más que de alimento, pero ahora muestran hacia ellos una devoción extraordinaria.

La coexistencia

18 de mayo del año 2.046

En los últimos tres años la situación parece estabilizada. Los humanos han comenzado a asumir la presencia de estos animales en la superficie del planeta como algo natural. Todo hace entender que la coexistencia entre las dos especies está lográndose.

Pero como la calma no parece ser una virtud de los humanos, las desavenencias entre nosotros, lejos de desaparecer, se intensifican a medida de que las ratas han dejado de ser un problema. Las tensiones mundiales son muy fuertes, las disputas territoriales y las divergencias comunitarias están a la orden del día. Los estados nacionales no son capaces de resolver sus problemas internos. Las alianzas políticas y económicas están haciendo entrar en litigio a terceros en favor de unos u otros. Lo

mismo se habla de acuerdos continentales, que de defensa de las nacionalidades que van surgiendo. Los acuerdos que se van estableciendo a niveles globales no gustan a todo y lo mismo se habla de identidad como valor supremo, como de solidaridad por encima de otros aspectos de identidad. El lenguaje se va convirtiendo, entre la especie humana, en vehículo de manipulación y retórica más que de entendimiento. De los enfrentamientos parlamentarios se está pasando a las amenazas diplomáticas. De las prometidas misiones de paz se está pasando a las misiones bélicas y de los mensajes de solidaridad entre los pueblos se pasa, con excesiva facilidad, a las acciones puramente especulativas. Se va condenando a gran parte de la población mundial a la marginación, cuando no a la muerte. Aquellos países que han sido cuna de civilización, están perdiendo su protagonismo en el sentido positivo que anteriormente mantuvieron en la transmisión de cultura. En el terreno de la diplomacia se están dando serios retrocesos en favor del belicismo

La estupidez humana

11 de agosto del año 2.050

Me voy haciendo viejo, las canas van poblando mi cabeza y la situación de la especie humana no parece mejorar. Nuestra incoherencia está llegando a límites extremos, y a pesar de que los grandes discursos están plagados de buenas intenciones, las actitudes se sitúan en las antípodas.

Mientras otras especies van aumentando su población, sobre todo la de los roedores, la población mundial se ha estancado en su crecimiento, lo cual quiere decir que es factible pasar a la disminución en un corto espacio de tiempo. No hay estadísticas fiables porque las autoridades no informan con veracidad, pero oficiosamente se sabe que la población de ratas triplica a la humana.

No se lo que ocurrirá en el futuro porque mi vida se va apagando. He ido observando los sucesos que aquí relato durante el tiempo que me ha tocado vivir y

puedo asegurar que lo que digo es cierto, de ello hay numerosos testimonios escritos y visuales: las bibliotecas, las hemerotecas, videotecas y filmotecas están llenas de ellos. Numerosas guerras han dejado su huella y han constado la gran estupidez depositada en la especie humana, aunque también atesoramos otros valores importantes, pero están descompesados. No me extrañaría que en el futuro dejásemos de ser los reyes de la creación.

3 de octubre del año 2.053

Sigo deteriorándome por momentos, pero eso no importa. Lo peor de todo es que no observo signo alguno que me haga concebir excesivas esperanzas para las generaciones venideras. A pesar de ello, quiero pensar que cuando se hayan producido un alto número de desastres, se reaccionará sabiamente. Espero que, al final, los humanos comprendamos que todas nuestras facultades deben ponerse al servicio de nuestra especie. Es una cuestión de supervivencia.

K.....

Estuve hasta altas horas de la noche releendo el diario y me dormí recordando al estrafalario hombrecillo del callejón. Pero, ¿por qué robó el diario?

Una llamada de teléfono me despertó. Era de recepción y me rogaban que bajase: “...el inspector de policía quiere hacerle algunas preguntas”.

Me levanté de la cama inmediatamente y me dirigí al baño. Sólo tendría que contestar unas preguntas, y después me marcharía sin perder más tiempo. El laboratorio para el cual trabajaba tenía que introducir un nuevo medicamento en el mercado, y aquel Congreso Médico era el lugar idóneo.

–Buenos días. Sólo las preguntas de rigor para el expediente; no le haremos perder más tiempo del estrictamente necesario. Para su información, antes le diremos que el cadáver encontrado ha sido reconocido como un espía que estábamos buscando desde hace años. Es un sujeto que trabajaba para la *Organización Conservación del Hombre*, organización creada en el año 2030. Le debieron descubrir mientras robaba y la única salida que encontró fue la ventana. Lo precipitado de la huida y una fachada poco apropiada para el descenso han hecho el resto. Pero lo que no es lógico es el material que le hemos encontrado, pues no se corresponde con el que él solía buscar. Posiblemente, sus principios se hayan contaminado con el paso del tiempo y pensara dar mayor comodidad a los últimos años de su vida. Las joyas son muy estimadas en los mercados internacionales.

Después de escuchar todas sus explicaciones, contesté a las preguntas que me hizo y marché hacia mi destino.

Cuando entré en la sala, los congresistas estaban tomando posiciones y el primer ponente se dirigía a la tribuna. El público que llenaba la sala esperaba su discurso con gran expectación. Cuando se situó ante el micrófono, un rotundo silencio se adueñó de la sala.

–Amigos, comunidad científica, este congreso marca un hito en la mejora de nuestra especie y en el rumbo que deben dirigirse nuestras investigaciones. Un equipo de investigadores, encabezado por el humano doctor Elvetius, han conseguido grandes avances en diversas materias, pero sobre todo en algo que para nosotros es muy valioso. Si las investigaciones siguen por el buen camino, muy pronto podremos disponer de una larga cabellera. Entre nosotros tenemos una muestra que confirma lo que digo.

Dos ciudadanos se dirigieron hacia mí y me condujeron hasta la tribuna.

–Aquí están los resultados de nuestros esfuerzos. ¡Mírenlos! Miren al rahom Tabucchi como claro exponente de lo que he dicho. ¿Alguien pudo imaginar que esto fuese posible? Este ejemplar rahom se ha prestado a que en él se experimentasen los

diferentes fármacos sabiendo que podían darse efectos colaterales negativos. También debemos agradecer, desde esta tribuna, al equipo humano de investigadores que está trabajando, desde hace tiempo, para que nuestra especie mejore. Está es la prueba de que vamos por buen camino.

La sala irrumpió en aplausos al ver que mi cabeza estaba, casi toda, cubierta de cabellos largos y vigorosos. Esperé a que la ovación cesara y bajé del estrado más contento que unas pascuas. Las investigaciones del laboratorio que yo representaba estaban dando muy buenos resultados y aquel congreso era el espaldarazo definitivo. Todos saldrán ganando y yo tendré un reconocimiento internacional por haberme prestado, como receptor, a las investigaciones dirigidas a la mejora de nuestra especie. Y es que las ciencias avanzan que es una barbaridad.

